

addison starr

ESPÍA CÓSMICO

Addison Starr

ESPÍA CÓSMICO

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oras, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aíres

Depósito Legal: B. 40.531 - 1969

Printed in Spain — Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Soy Zen.

Zen es mi nombre, traducido a su lenguaje. Al lenguaje de ustedes, claro. Digamos que yo no tengo nombre. Pero, aproximadamente, me denomino Zen, en mi propia escala vital.

No soy un ente vivo, en el concepto de ustedes, al menos. Pero vivo. Existo. Y, como tal, pienso, reflexiono, observo, veo...

Ninguno de ustedes lo diría, viéndome. Si es que pudieran verme.

No soy materia. No tengo forma. No me parezco en nada a ustedes. Soy... apenas un chispazo, una lucecilla parpadeante y rápida que penetra en su atmósfera terrestre. En realidad, para que me comprendiesen mejor, debería decirles que soy puro pensamiento, o bien pura energía mental viva.

Viva, sí. Pero viva en todo el amplio sentido de la palabra. A mi modo, puedo sentir, sufrir o divertirme gozoso. Depende de muchas cosas. Físicamente no hay goce ni sufrimiento claro. Yo no soy nada ni nadie, en lo físico. No tengo físico, en suma. Pero mentalmente, sí puedo sentir el bien y el mal, el dolor y el júbilo. A mi modo, claro. Que es el de ustedes. Creo que me entenderán. No resulto difícil ni complicado. Soy simple, sencillo, muy poco complejo.

Estoy cansado. Cansa viajar. Y vengo de tan lejos...

El Universo es demasiado extenso para poder dar cifras aproximadas que entienda el pensamiento del Hombre. Galaxias, sistemas solares, vacío, nuevas galaxias, nuevos soles, estrellas, distancias a medir en miles de millones de años-luz... Demasiado. No importa de dónde venga, después de todo. No a ustedes, los humanos. Creo que todos desaparecerán del planeta que habitan, sin haber oído hablar jamás de mi mundo ni de mi galaxia. No hay radiotelescopio capaz, de descubrirla, ni siquiera intuirla. Son distancias abismales las que existen entre este Sistema Solar y el mío. Distancias que jamás salvará un cuerpo sólido.

De modo que eso basta. Yo vengo de... de *allí.* Lo demás, póngalo su imaginación, porque sé que la tienen, aunque limitada al nivel propio del ser humano.

¡El Ser Humano!

Es curioso. Nunca antes oí hablar de él. No sabía nada de su existencia. Como tampoco sabía mucho de otras existencias

inteligentes en el Universo. Hay al menos dos mil galaxias —que yo sepa—, con un total de doscientos y pico de mundos habitados por cada una de ellas. Me refiero a *habitados,* en el sentido de tener animales más o menos imaginables, sociedades organizadas, no siempre concebibles para una mente limitada, como la humana, y organismos vivos y racionales, desde el ínfimo grado de una infra-raza perdida en Andrómeda, hasta mía especie metaloide intelectual, en una galaxia situada a tres mil millones de años-luz de mi actual situación en la Galaxia B-1.137, que no sé por qué motivo, la especie humanoide de este planeta, llamó *Vía Láctea.* Pasando por los hombres-peces de un planeta perdido en las Nubes Magallánicas, las Hembras-luz de Antares o los corpúsculos vidriosos de Orión y de otros astros inmediatos, que forman una singular y minuciosa sociedad casi perfecta.

Entre todos esos seres diversos y heterogéneos, el Hombre no es sino uno más. Su idea de ser viva imagen y semejanza del Creador, no deja de ser un absurdo alarde soberbia y altanería, muy propio de su especie mediocre, con ciertos rasgos brillantes de inteligencia y de imaginación. En realidad, el Creador lo es todo, y se asemeja a toda criatura por Él creada. Pero eso posiblemente iban a discutírmelo demasiado los engreídos terrestres, de modo que más vale no meterse en polémicas inútiles, y harto imposibles entre ellos y mis habituales medios de expresión.

Lo cierto es que, tras mi viaje interminable por el Universo, interminable a pesar de mi velocidad media, que es bastante más de lo que ningún ser sólido será capaz jamás de alcanzar, ni tan siquiera pretender, estoy aquí, metido en una densa atmósfera nubosa, descendiendo entre una llovizna fría y persistente que no, es en modo alguno, hecha de gotas de luz, como en mi planeta.

Puedo ser luz o simple energía proyectada. Por eso mi modo de viajar pudiera decirse que es, aproximadamente, como unas cien o doscientas veces superior a la velocidad de la luz. Pongamos, por término medio, en lenguaje llano y liso de los terrestres, de unos treinta a cincuenta millones de kilómetros al segundo. Eso, si no tengo demasiada prisa y me lanzo. Entonces, el Universo es un pañuelo para mis anhelos de velocidad, que un humanoide de esos que veo allá abajo, lanzados por las cintas de asfalto con vehículos a turbina y con su cuentakilómetros por encima de los cuatrocientos o quinientos de promedio, creo entendería sin dificultad alguna.

Estoy en el Planeta S-3, o Solar-3. Para ellos, la Tierra. S-l es

Mercurio, S-2 es Venus, S-4 es Marte, y así hasta S-9, que es Plutón, el último del Sistema Solar S, en la Galaxia B-1137.

La Tierra...

Extraño mundo, azul y hermoso, cuajado de verdor en sus continentes y de blancos hielos en sus polos. El típico cuerpo celeste idóneo para la vida inteligente y de todo tipo.

No es mi ambiente, claro. ¿Qué puede hacer un tipo que es pura energía, entre gentes que sólo entienden la energía como algo que mueve sus fábricas, sus vehículos, sus recursos industriales y todo eso?

Pero estoy cansado. Y, ¡qué diablos!, lleno de curiosidad también. Oí hablar de los humanoides en nuestra cátedra de conocimientos universales teledirigidos. Mi mente asimiló lo que eran, pero nunca pensó que pudiera tener la ocasión de verlos.

Mi especie no acostumbra a moverse de su mundo. Ha sido feliz allí durante una eternidad, y lo somos hasta extinguirnos lenta y pausadamente, porque no entendemos de edad, no tenemos calendarios ni envejecemos en absoluto. Sencillamente... nos extinguimos despacio. Se apaga nuestra mente. Y como sólo somos eso, mente pura, nuestra forma de vida perece, siguiendo normas casi universales. Se puede ser tremendamente longevo. Pero no inmortal. Sólo conozco un caso de inmortalidad: El Que Nos Creó. Pero aparte de Él..., nadie en la curvatura infinita-finita del Universo.

Es posible que cuando el hermoso mundo verde, siena y azul que tengo ahora debajo de mí, empezó a formarse, yo viviera ya. Es muy posible también que cuando en él se extinga la vida, yo siga existiendo. Pero eso no quiere decir nada.

Los humanoides son de corta vida. Su cerebro podría vivir más largamente, pero viven esclavos de su físico, y éste es limitado...

El hecho es que ya estoy aquí. Y quiero descansar. Desciendo en su atmósfera densa, entre esas blancas masas algodonosas que se arremolinan en caprichosas formas en torno al globo terrestre. Las llaman nubes. Las voy dejando atrás. Desciendo.

Eso es agua, iodo el mar debajo de mí. Azul e inmenso. No puedo ahogarme, pero no me gusta hundirme en él. No tiene sentido ni conduce a nada. Es ridículo.

Soy como una chispa luminiscente que sobrevuela el mar buscando tierra. Esta atmósfera me frena un poco. Creo que no podría alcanzar aquí ni el millón de kilómetros por segundo. Claro que no hace falta, o me encontraría dando vueltas y vueltas a este mundo. Pero no me gusta sentirme lento. Espero que, cuando me marche, al salir de esta

atmósfera deje de sentirme tan torpe.

He observado que brillo mucho en el aire del Planeta S-3 o Tierra, como se quiera llamar en definitiva. Soy una chispa muy radiante, la verdad. Lo noto yo mismo. Me gustaría más pasar desapercibido, pero si extingo mi luminosidad, noto que mi energía merma. Decididamente, este mundo no me gusta demasiado. No está hecho para mí. Ellos necesitan este aire respirable, pe— ro ¿para qué demonios necesito yo el oxígeno y todas esas tonterías? Tener un cuerpo, una envoltura física, no tiene mucho sentido.

Ya dejé el mar atrás. He visto bultos grises en la distancia, moviéndose con una torpeza y lentitud desesperantes. Me ha parecido captar la idea de que son buques. Buques de guerra. Embarcaciones de metal que flotan, para combatir entre ellas.

Combatir... ¡qué disparate! Sólo los humanoides serían capaces de una sandez semejante. Nacen, crecen, luchan por sobrevivir, para luego morir estúpidamente, matándose unos a otros. Creo que mi pueblo no entendería eso, por mucho que se lo contase. Ellos ni siquiera imaginan lo que es destruirse entre sí. Afortunadamente, claro.

Tierra. Aquello es suelo firme. Tierra de verde vegetación, de arena dorada en su litoral, largo y suave. Es un bello paisaje.

Parece una isla. Sí, es una isla. Me remonto en el aire, y la veo a distancia. Es oblonga, grande, rica en espesura, en cursos de agua, en ciudades que salpican su interior y algunos puntos del litoral. Ciudades amplias, desparramadas sobre el paisaje. Una de ellas tiene edificios bastante altos.

Floto sobre la gran isla. Una chispa de luz que bailotea en el aire graciosamente. Eso podría ver, y nada más, cualquier curioso que levantara la vista al cielo en estos momentos. Pero no creo que nadie me descubra. La luz del día lo impediría. Ahora tengo detrás de mí el sol. Es grande, rojo y caliente Su luz disimula la mía perfectamente.

¡Eh! ¿Qué es aquello? Lo veo venir allá, en la distancia Es algo que corta el aire, y viene por el cielo, describiendo una amplia curva. ¿Una nave extraterrestre? No, no es una nave. Creo que no. Tiene una forma aguda, punzante. Es metálica, mate. Larga. Y parece ir directa a alguna parte. Mi mente no detecta a ningún humanoide dentro. Mi poder telepático no acusa pensamiento alguno dentro de esa *cosa.*

Silba al cortar el aire. Viene de lejos. Cambia el rumbo de repente. Se precipita, en punta, sobre la ciudad dispersa ante el mar.

Algo ocurre en el aire, sobre la ciudad. Hay vibraciones

magnéticas. El objeto volador vacila y alrededor suyo se forman salpicaduras llameantes, de negro humo y estallidos de fuego.

Pero nada de eso ha bastado. Nada de nada Súbitamente, la cosa volante ha caído en medio de la ciudad, allá abajo... Yo floto por encima curiosamente, tratando de saber qué sucederá, y…

* * *

La explosión de allá abajo me ha golpeado, me ha impelido hacia lo alto, agitadas las altas capas de la atmósfera por una sacudida delirante. El estruendo ensordecerá a las gentes, imagino. Yo bailoteo, desordenadamente, sobre una especie de enorme masa de humo que, en forma de longo, sobre una base flamígera impresionante y altísimo, se eleva oscura, torva, hacia los cielos. La luz habrá podido volver ciego a cualquiera. A mí, desde luego, no. No tengo ojos ni me deslumbra nada. Pero percibo todo: sonidos, luces, colores, formas. Penetran en mi mente intangible, en forma de oleadas ordenadas y precisas.

Desciendo ahora. Muy despacio. Floto sobre la ciudad. Cruzo la nube de humo. Incluso yo siento el calor. Es terrorífico. Abajo, la ciudad se desmorona, se derrite. La gente parece barrida de las calles. Arden los vehículos, los edificios. Y los cuerpos humanos, mutilados terriblemente. En torno al lugar del impacto, veo formas de ceniza, como sombras clavadas en el suelo.

Son figuras humanas, nítidamente perfiladas. Lo que queda de ellas. Algo las incrustó contra el asfalto, transformadas en polvo simple.

Los pensamientos de la gente, sus gritos de angustia, su dolor, me llegan clamorosos a mi mente. Todos repiten un mismo concepto, con parecidos términos:

—¡Es la bomba! ¡La bomba de hidrógeno o de cobalto...! ¡Qué horror, qué horror...! Todo Tokio habrá sido aniquilado. Vamos a morir. ¡Vamos a morir... y estamos muriendo ya…!

Tokio. Debe de ser el nombre de la ciudad. La bomba de Hidrógeno o de Cobalto... es el arma, sin duda. «Cobalto», dice mi registro mental analítico. «Cobalto radiactivo. Potencia destructora casi total. Es una superbomba que habrá destruido al menos la mitad de esa hermosa urbe junto al mar...».

Yo me pregunto ahora: ¿qué está ocurriendo aquí?

Deambulo por sus calles, entre un calor agobiante, posiblemente

capaz de derretir vivos a los infortunados seres que se desangran o que agonizan víctimas de quemaduras atroces, bajo la mortífera lluvia atómica. Son gente de tez color amarillento, de ojos almendrados, de cabellos negros, lustrosos...

Al menos habrá tres o cuatro millones de muertos. Y otros tantos heridos, o más. Heridos de muerte la mayoría.

Debe ser una guerra. Una guerra brutal que aniquila millones. El hongo de nubes grises y negras han ocultado ya incluso al sol. El agua invade las calles, saltando de conductos rotos. El pavimento urbano es una maraña de grietas. Y los cadáveres lo alfombran todo. Los vehículos son hierros retorcidos, informes, con algo dentro, que pudo ser un hombre, y ahora es una pavesa.

Una mujer llora. Estruja entre sus brazos a un niño. La sangre corre de su rostro, de su cabello. Está medio abrasada y sufre. El niño parece muerto. No lo está del todo. Nadie me mete a mí en esto, pero esa gente me inspira compasión. Sobre todo, ese pequeño moribundo que desespera a su madre, en medio del caos...

Desciendo. Llego hasta ellos. Soy solamente un chispazo de luz en movimiento, en medio de incendios, pavesas flotantes, cenizas ardientes, caos y lluvia radiactiva. Nadie se fija en mí. Me ignoran. Incluso la patética madre...

Rozo a su niño. Le transmito urgentemente energías mías. Siento como un trallazo en su cuerpecito, que se estremece violentamente en los brazos maternos. Ella grita. Cree que es el estertor final.

El niño tiene energías capaces de sobreponerse a esta situación y a otra peor. Veo que abre sus ojillos oblicuos, que sonríe graciosamente, que mira a su madre. Ella llora, le abraza, chilla su júbilo con exaltación, aunque no entiende nada con seguridad.

Su hijo vive. Ella creerá que es una resurrección. Es algo más simple. Pura energía transmitida a su cuerpecillo. Sería capaz ahora de aniquilar a cualquiera, si su cabecita entendiera la rara condición que posee. Y que le durará algún tiempo, no mucho.

Los dejo atrás. No soy sentimental, pero tampoco me gusta asistir a escenas tiernas. No me van. Los humanoides son demasiado sensibles en esas cosas, es evidente.

Tokio, esta ciudad, es una capital de muchos habitantes. Pero van a quedar muy pocos después del ataque nuclear de hoy. Pobre gente... No puedo hacer nada por ellos. No soy omnipotente. Si hubiera sabido qué era eso que venía del cielo, hubiera sido diferente.

Me remonto en el aire. Me elevo.

Sí. Ya veo nuevos proyectiles. Iguales al anterior. Son dos. Con dos nuevas explosiones iguales, Tokio no existirá ya jamás. Será un montón de ruinas con muchos millones de habitantes inmolados.

Silban los proyectiles hacia acá. Atraviesan el aire como centellas. Van dirigidos a distancia, no hay duda. En su punta, llevan la carga termonuclear. Conozco la fisión del átomo. Se produce en muchos planetas, pero con fines solamente pacíficos y de progreso. Este mundo está chiflado. Trágicamente chiflado, diría yo.

Me dirijo a esos dos proyectiles. Ahora sí puedo hacer algo. No debo permitir que el holocausto continúe. Es injusto, tenga quien tenga la razón. Aunque creo que en las guerras, nadie tiene la razón, si bien luego el que gana se la adjudica cómodamente.

Los proyectiles vienen hacia mí. No me asustan. Una chispa de luz en el vacío, no es un ser humano. Ni un blanco que a ellos les guste. Pero mi energía vital se concentra. Los proyectiles vacilan. Pierden el rumbo. Me divierte pensar en la cara de estupor que pondrán los que guían a distancia su ruta. Lucharán con los instrumentos de control. Y será inútil. Los proyectiles no van a caer en el blanco fijado.

Me uno a ellos. Me siguen, como si yo fuese un sol y ellos mis planetas o satélites. Mi energía les controla y dirige, bloqueados los circuitos de radio. Es fácil. Un juego infantil. Una travesura que va a salvar otros cinco o seis millones de vidas.

Voy mar adentro, adentro… y los proyectiles nucleares conmigo. Detecto enorme profundidad en un punto. Los envío abajo. Se van dócilmente. Inclinan su punta, se hunden en el mar.

El doble estallido atómico lo agita todo, lo conmueve. El mar se eleva en oleadas, y dos hongos brotan tumultuosos de las aguas, lanzando sus chorros de humo y llamas al cénit.

Pero sólo matarán peces. Y vegetación marina. No me alegra, pero es un —mal menor. Muchos humanoides de cara amarilla y rasgos oblicuos se han salvado ahora. Pero ellos nunca lo sabrán. Ni falta que les hace.

No regreso a Tokio. ¿Para qué? No merece la pena siquiera. Allí no tengo nada que hacer. Prefiero alejarme. Alejarme hacia otras tierras que no sean esa isla atacada por la energía atómica. Averiguaré lo que sucede.

Ciertamente, el mundo éste anda bastante loco. Veo a distancia dos escuadras de buques de guerra. Se cañonean furiosamente. Se hunden los barcos, se ametralla a los que flotan en el mar, buscando salvarse. Más allá, son aviones. Rugen, evolucionan, se atacan

mutuamente. Caen al agua los vencidos, envueltos en llamas...

Una costa es atacada por submarinos nucleares en escuadra. El puerto es volado con torpedos atómicos. Hay humo, fuego, ruinas, sangre...

¿Qué sucede aquí?

Mi mente capta una respuesta en lenguaje de la Tierra. Señales de radio o algo así. Por las ondas, me llegan las vibraciones sonoras. Forman palabras. Su supersensibilidad mental las recoge sin dificultades:

«...Y SIGUEN LIBRÁNDOSE ENCARNIZADOS COMBATES EN DIVERSOS PUNTOS DE ASIA, PARA EVITAR QUE LOS ORIENTALES UNIDOS, CHINA, FILIPINAS

Y JAPÓN, LOGREN DESTRUIR AL MUNDO OCCIDENTAL CON SU MASIVA OFENSIVA POR TIERRA, MAR

Y AIRE, EN ESTA DESDICHADA Y DANTESCA TERCERA GUERRA MUNDIAL, RECIÉN INICIADA EN ESTE TRÁGICO AÑO DE **1995...»**

Tercera Guerra Mundial. Sólo un puñado de imbéciles sin cerebro, repetiría hasta tres las ocasiones de una guerra de tal magnitud. Y yo estaba justamente en este planeta de necios y de insensatos.

Pensé en marcharme definitivamente del Planeta S-3 de la Galaxia B-1.137. Pero al final, lo pensé mejor. O peor. Y me quedé.

Creo que me quedé justamente cuando sobrevolaba aquel punto en la costa de un amplio e interminable litoral. Cuando vi que un hombre iba a ser ejecutado allá abajo, y una voz gritaba, en un lenguaje oriental que mi mente comprendió sin dificultad, porque a ello estaba hecha sin problema alguno:

—¡Apunten...! ¡Carguen...! ***¡Fuego!***

Descendí veloz, pero era tarde. Las armas disparaban.

Un hombre joven y alto, de cabellos rubios, con las manos atadas a la espalda, se desplomó al recibir la descarga.

Yo no podía ya hacer nada por él...

CAPÍTULO II

Estaba acribillado a balazos. Muerto, todavía no. Iba a morir. Agonizaba, y toda mi energía, transmitida a él, sería insuficiente para evitarle la muerte, la hemorragia, las heridas fatales en su torso y cabeza.

Un oficial uniformado se acercaba a él decididamente. Empuñaba un arma corta, que apoyó en la sien del moribundo. Éste le miró patética, penosamente. El oriental de uniforme, con distintivos de oficial, no se inmutó por eso. Apretó el gatillo…

El drama había terminado. El tiro de gracia terminó con el fusilado. Ya era cadáver.

Para entonces, yo estaba sobre él. No emitía luz, para no ser visto. Mi mente, mi pura energía mental, invisible y sutil, hizo contacto con la del muerto.

El cerebro de un humanoide es lo último en morir totalmente. Quedan en su mente, como grabadas en cintas magnéticas, las impresiones y recuerdos, los pensamientos e ideas del difunto. Ese fenómeno puramente psíquico, postmortem, dura poco tiempo. Para mí, sobraba con segundos.

Me enteré de todo lo que él pensaba antes de morir, y en el momento de recibir la descarga. Me desorientó un poco. Todo lo presidía un nombre de mujer: Yoko. Todo giraba en torno de ella. La mente muerta del fusilado, me transmitió una imagen clara de Yoko. Era japonesa. De Tokio, la ciudad atacada por la bomba atómica. Muy bella para los hombres.

El muerto se llamaba Danton. Rocky Danton. Americano, de padres ingleses. Occidental. Luchaba contra Oriente en aquella guerra, naturalmente. Pero de un modo peculiar. Capté su pensamiento con claridad. Había fingido pasarse a Oriente como un traidor. Pero allí, actuó como agente secreto para Occidente, hasta que fue descubierto.

Éste era el fin de la aventura. El paredón, el fusilamiento. Métodos de guerra. A los humanoides parecía encantarles matarse entre sí, del modo que fuese. Poseían infinitas variantes para quitar la vida a un hombre, con más o menos legalidad.

Creo que floté sobre Rocky Danton unos instantes. Estudiaba su cuerpo inmóvil, cubierto de sangre. Estudiaba también al oficial oriental, de rasgos herméticos. Le oí decir algo, escupiendo al muerto:

—¡Sucio traidor, canalla occidental...!—luego, le pegó un puntapié que al pobre Danton creo que no le perjudicó ya lo más mínimo.

Así era la gente en el hermoso planeta S-3. Incomprensible. Además de matarle a uno, luego le escupía y le pateaba. Como si matar no fuera ya suficiente. Quizás no lo crea, pero no sé qué más podían hacer con una simple criatura mortal. Tan mortal como los mismos verdugos que ahora se ensañaban en ella. Ésa era la lección que, por lo visto, nadie aprendía allí. Mataban por matar, sin pensar que ellos mismos, después, también habían de morir, por Ley inexorable de su Creador, que era el mío, aunque a ellos les hiciera diferentes a mí en muchas cosas, corporales o psíquicas.

Los soldados orientales se retiraron, a una seca orden de su jefe. Ya que no hacían nada allí. Otros soldados vinieron con una especie de vehículo movido eléctricamente. Cargaron al difunto sin importarles que lo dejara todo enrojecido con su sangre. Se lo llevaron a alguna parte.

El patio quedó vacío. Un soldado echó algo sobre las manchas rojas, para limpiarlas. El paredón era una criba.

Seguí al difunto y sus acompañantes de uniforme. El juego no era divertido, pero sentía cierta curiosidad por seguir el curso del mismo hasta algún final, fuese el que fuese.

Llegaron a un gran depósito, amplio y destartalado. En él se alineaban cuerpos sin vida todos ellos de raza amarilla, tendidos, en losas de piedra blanca. Uniformados todos. Eran víctimas de alguna emboscada o escaramuza con el enemigo. En otra piedra blanca, fue arrojado sin muchos miramientos el cadáver de Rocky Danton, el americano.

Había manchas de sangre por doquier. El aire tenía un aroma a ese mismo líquido vital, levemente agrio sin duda por la descomposición, pese al frío artificial mantenido allí dentro. Los soldados se retiraron, dejando allí el nuevo cadáver. Sin duda, todos serían enviados a algún horno crematorio o cosa parecida, para deshacerse de posibles focos de infección. En una guerra como aquella, debía haber exceso de cadáveres. Demasiados para pensar siquiera en sepultarlos.

No podía comprender a esas criaturas humanoides, pero me enteraba de sus reacciones, sus ideas, su modo de ser, por absurdo que fuese. Observé a Danton de nuevo.

Para un humanoide, sin duda había sido en vida un hombre muy arrogante, muy atractivo para los ejemplares del sexo opuesto, ya que la vida sexual y su evolución en el Planeta S-3, parecía ser harto

primaria y puramente instintiva y emocional. Una forma muy inferior de vida y de procreación, comparado con otros mundos habitados de los que yo conocía.

Me caía simpático Danton. Quizá porque murió recordando patéticamente a una hembra, a un ejemplar del sexo opuesto. No tuvo miedo al morir, sino simplemente temor por ella. Por una mujer oriental llamada Yoko… Y los orientales le fusilaban. Incoherente. En alguna parte, sin embargo, estaría la razón de todo eso.

Capté sus pensamientos postmortem. Pensamientos simplemente «grabados» en sus registros de memoria, ahora fríos y yertos, como una máquina averiada definitivamente, pero que dejaras de su avería una serie de cintas grabadas, con datos computados.

Había muerto muy inquieto por alguien que no era él. Temía por Yoko. Su misión había consistido en gran parte en ese objetivo final: Yoko. Y la tal Yoko corría peligro. Posiblemente un peligro mortal.

Quién pudiera ser, y dónde pudiese estar, era algo de lo que yo no tenía la menor idea. Pero Danton, muerto allí, frente a mí, ya no podría hacer nada por ella. Nada de nada.

Un hormigueo de excitación me hizo pestañear con rápidos fulgores. Creo que brinqué de extremo a extremo de la gran nave frigorífica de los muertos, como en un *ballet* ridículo y saltarín. Mi luz, la luz radiante de mi intelecto puro y de mi energía viviente, estaba a tope ahora. La idea alocada, era incluso divertida. Una experiencia fascinante…

Danton sufría tremendas heridas de bala en la cabeza, en el tórax, en sus brazos… Por esos orificios habían huido su sangre y su vida. El tiro de gracia, en plena sien, era un feo agujero oscuro, y nada más. Pero había sido la muerte definitiva.

De repente, mi idea cobró fuerza. Puse a contribución de ella mis impulsos energéticos.

Y me metí en Rocky Danton.

Lo noté inmediatamente. Estaba *dentro* de un humanoide muerto.

Fue una curiosa sensación de claustrofobia, de encierro. Mi pura mente, mi pensamiento libre y elástico, por primera vez se veía encerrado, constreñido a un angosto reducto, bajo una bóveda craneana que parecía el techo ominoso de una celda. Ya no podía brincar ni ir de un lado para otro. Estaba prisionero. Prisionero dentro de un cráneo humano.

Traté de *ver* el exterior, de «asomarme» a alguna parte. Y lo encontré. Dos ventanas redondas, ligeramente ovoides. Los ojos. Los

yertos ojos de Rocky Danton. A través de sus órbitas, de su córnea, de su pupila, *penetré* de nuevo en el exterior, en la vasta nave repleta de muertos.

Hubiera podido saltar, evadirme de allí en un instante, dejar el pobre despojo humano de Rocky Danton, allá encima de su losa. Y hubiese sido una simple travesura, una diversión breve e intrascendente.

Algo me aprisionó allá dentro, entre las paredes de un cráneo ajeno y silencioso, donde reposaba una masa encefálica inerte, desgarrada por piezas de metal disparadas por armas de fuego.

Fue como un «paseo» sobre las células grises de Rocky Danton. Luego, encontré sus foco de memoria, de conocimientos, de sensibilidad, de sentimientos íntimos, de percepciones puramente físicas, como los sentidos corporales… Eran como teclas inmóviles, que nadie pulsaba ya, porque la fuerza motriz de aquel cerebro no existía.

Puse mi energía en funcionamiento. Traté de activar todo lo que tenía dormido o aparentemente muerto. Y lo logré.

Memoria, recuerdos, sentimientos, sentidos físicos volvieron súbitamente a funcionar en aquella especie de mecanismo sutil y complejo, palpitante en vida y quieto en la muerte. Solamente capté las vibraciones de los puntos reactivados por mi fuerza mental.

Rocky Danton comenzó a funcionar. Sólo que ahora, su cerebro… *era yo.*

Me sentía igual que si fuera dueño de un centro de control de diversas actividades. Desde allí, podía dirigirlo todo fácilmente. El cuerpo humano era sencillo en realidad, pero sus actividades cerebrales muy complejas, pese a lo poco que se desarrollaban las posibilidades reales de una mente humana. La mayor parte de los poderes mentales, observé que estaban atrofiados, por total carencia de uso o aplicación. Incluso era posible que los humanoides ignorasen de lo que ellos mismos eran capaces, con su sola fuerza mental, debidamente ejercitada y dirigida.

Experimenté unas molestas sacudidas que me causaron la sensación física del *dolor* humano. Me desagradó mucho, y anulé el control de sensaciones de dolor físico. Al mismo tiempo, dicté una orden, regenerando mis tejidos dañados por las balas del fusilamiento.

En el acto, vi «mi» brazo y mi torso, bajo la indumentaria agujereada, cómo se regeneraba automáticamente, y nueva piel y nuevos tejidos cubrían en el acto los dañados. Mis dedos hicieron saltar las manchas de sangre, como simples placas resecas.

Me divirtió una idea. Si el oficial del salivazo viese ahora a su víctima, se llevaría un susto de muerte. Y más aún si intentaba disparar para causarle nuevamente la muerte al americano. Cada balazo suyo o de su grupo, aunque fuesen centenares de ellos, sólo dañarían mis tejidos un instante, para inmediatamente cubrirse éstos de una nueva película humana, sin huellas de violencia. Uno de los dones humanos, no alcanzados nunca por su especie a causa de ignorar su facultad mental necesaria, era el de regenerar por sí mismos cualquier daño físico en su ser. Pero, con mi poder mental superior, eso se convertía en un juego de niños.

Dentro de aquel cuerpo, me sentía gozoso, disfrutando de las diabluras que con él podría hacer, para pasmo de los que me rodeaban. Ahora,

Rocky Danton volvía a la vida. Pero una vida distinta e increíble a la natural en los humanos. Ahora, yo era su cerebro, y él era mi cuerpo. De esa fusión, nacía un ser extraño, imposible de ser muerto, herido o torturado, incapaz de sentir dolor físico, pero tampoco goces, por supuesto. Rocky Danton no podía amar, porque yo no puedo amar como lo hacen los humanoides. Tampoco podía odiar ni sentir valor, miedo o incertidumbre alguna. Mi fría mente, lúcida en cualquier aspecto, era su guía actual.

Rocky caminó hacia la salida. Es decir, *yo* caminé, dentro de él, como si ocupase un gigantesco e insólito vehículo con dos piernas, dos brazos y dos ojos. Un vehículo en cuya parte más elevada, en el último piso de su estructura, me hallaba yo, dirigiendo su mecanismo general, sus controles todos: la bóveda craneana, recinto en el que ahora empezaba a discurrir mi vida.

Así, yo, Zen, llegado de una lejana Galaxia donde todos somos puro pensamiento intangible, energía mental viva, era ahora un ser humano. Un Ser humano llamado Rocky Danton, hijo de ingleses, nacido en una gran urbe llamada Nueva York, en 1970, veinticinco años atrás en el Tiempo terrestre, y de profesión espía al servicio de la Inteligencia de Occidente, que dependía de la Organización de Naciones del Pacto Euro-Americano, cuya Asamblea Suprema era presidida en estos momentos, en plena Guerra Mundial, por los miembros de las Delegaciones soviética y británica, con asistencia del Secretario Especial Anual, actualmente de nacionalidad uruguaya.

Yo, Zen, en cierto modo era el espía Danton, en una misión peligrosísima en el Continente Asiático.

Una misión de la que dependía la paz mundial, el fin de la

demoníaca tercera conflagración terrestre..., y también la vida de una mujer japonesa llamada Yoko Shindo. Una mujer de la que Danton estuvo enamorado, y que ahora iba a morir de un momento a otro, en alguna parte de China.

Todo eso estaba registrado en los centros de memoria del cerebro muerto de Danton, que yo podía leer sin dificultades. Supe leer allí su idioma, sus conocimientos, sus recuerdos más importantes... La mente humana era de sencillo funcionamiento para mi concepto de las cosas. Apenas unos segundos habían bastado para que yo asimilase a fondo cuanto Danton sabía y conocía. Unos instantes, y no había diferencia entre el auténtico Danton y yo. Incluso probé a decir algo.

Moví los labios de *mi* cuerpo viviente. Era divertido. Como estar dentro de un muñeco y hacerle actuar por puro juego, tirando de invisibles hilos de marionetas. Noté que los labios se movían por fin, y sonaban unas palabras en la misma voz del difunto Danton, ya que eran sus cuerdas vocales las que yo accionaba por impulsos mentales:

—Tengo que salir de aquí. Hace tanto frío que noto mi piel cubierta de escarcha... Además, todos esos cuerpos ahí... ¡Uf! Tengo que irme enseguida a cualquier otra parte...

Me gustó. Era estupendo aquello de tener voz y poderse expresar con la gente sin necesidad de emitir ondas telepáticas. Claro que yo siempre tendría ventaja en todas las situaciones, con respecto a otro ser viviente. Mi mente podía leer con toda perfección lo que estuviera pensando un interlocutor mío, igual que si tuviera desnudo su cerebro ante mis ojos, con sus pensamientos escritos en él.

Sí, todo iba a ser muy divertido, pensé.

No tenía ninguna prisa en ir a ninguna parte. Ni en viajar por el Cosmos, ni en volver a mi Galaxia. Para mí, el Tiempo no contaba. Y aquel juego de la Tierra era tan excitante...

A alguien no iba a gustarle el juego, pero Rocky Danton seguía con vida. Un fusilamiento había sido hecho en vano. Y, lo que era peor, ahora Rocky Danton era algo más que un vulgar espía terrestre, metido en apuros en territorio enemigo. Ahora, Danton era un cuerpo humano... con un cerebro superior dentro. Un cuerpo invencible e inmortal, porque en realidad, como tal ser humano, estaba ya muerto. Y un ser de otra Galaxia, como era yo, dirigía sus actos. Dándose la circunstancia de que yo, Zen, no estaba sujeto a las reglas de la vida humana, y para mí tanto daba un año, como un siglo o mil millones de años de su tiempo. No alteraría mi existencia, muy por encima de tan cortas y limitadas formas de medir el tiempo y la vida.

Dentro del cuerpo de Danton, paseé por el depósito de cadáveres, buscando una salida. La había, naturalmente, y sin la menor vigilancia. ¿Quién iba a vigilar a los muertos, si éstos no se podían ir a ninguna parte por sí mismos?

Salí a un interminable corredor con olor a humedad. El cuerpo se movía ya con mayor agilidad. Iba adaptándome a su especial estructura y funcionamiento, y el resultado era óptimo. El travieso Zen se divertía, pensé burlón. Y Danton se hubiese divertido también, de haberle sido posible hacerlo. Pero pronto supe que cuando el hombre muere, su inteligencia, su sensibilidad y un algo incorpóreo e intangible que ellos denominan «alma», se ausenta de su terrena envoltura definitivamente.

De modo que de Danton, en estos momentos, sólo quedaba lo que era visible, lo que a mí me contenía: su cuerpo. Y en él, como en una envoltura artificiosa, yo me movía a placer, manejando los millones de invisibles hilos que accionaban sus nervios, sus resortes vitales todos, al menos por pura mecánica dirigida, sin sensibilidad que no fuese la mía propia, harto diferente a la suya.

Rocky, creo que vamos a ser buenos amigos tú y yo, pensé.

Y lo hice con tal fuerza, que se lo oí decir a él, como si hablara consigo mismo en monólogo inútil. Me reí interiormente, y él se echó a reír de modo suave, burlón. Nuestra afinidad era, pues, total. Cuerpo y mente ensamblados perfectamente. Rocky Danton y Zen. Él y yo… Una buena pareja en un solo ser. Veríamos cómo se me daba el juego aquel de los espías.

Si al menos pudiera salvar a Yoko Shindo del peligro que corría, era posible que allá donde el alma de Danton estuviera, descansaría tranquila ya. Creí intuir un plano metafísico adónde iban los espíritus terrenales tras el trance mortal. Pero era un punto reservado solamente a ellos, y no quise aventurarme más en deducciones. Tenían derecho a mantener su inviolable secreto…

Caminé por el corredor, cerca del muro, para no ser visto. Sin embargo, no iba a tener demasiada fortuna en eso. Súbitamente, dos soldados orientales, de casco verde con distintivo de un dragón sobre fondo rojo, y uniforme de brillo plastificado, se hallaban al final, montando guardia. Delante de ellos, un oficial de alta graduación, igualmente de raza amarilla, ostentando el mismo dragón en su guerrera gris, hablaba rápidamente en chino, a punto de subir a un estilizado avión de combate, blanco y en forma de saeta, vertical en su postura y despegue, con turbinas iónicas en su base. El inevitable

dragón rojo, con unas cifras de matrícula, aparecía en la panza blanca del aerodinámico aparato.

Al oficial le acompañaban otros dos soldados armados con supermetralletas ligeras de cargas explosivas. Todos esos datos, los recibía automáticamente de la «memoria» impresa del cerebro de Danton.

Los que montaban guardia me sorprendieron. Uno gritó, al girar la cabeza y descubrirme. El otro se volvió, presto a disparar, y desorbitó los ojos al identificar mi rostro y mi aspecto.

—¡Es el muerto! —les oí gritar en chino, idioma que desconocía, pero que mis ondas mentales tradujeron inmediatamente, al captar sus conocimientos directamente de sus mentes—. ¡El americano, el americano…! ¡Ha resucitado después del fusilamiento!

Debían ser supersticiosos. Echaron a correr despavoridos, arrojando sus armas, ante el estupor del oficial chino, que no entendía nada de todo aquello. Pero que lo entendió al fijar su mirada en mí. El tal Danton debía ser tipo muy conocido en el lugar, porque lanzó un juramento bastante soez en lengua de Confucio, y buscó su pistola para disparar sobre mí. Observé, conforme a las anotaciones mentales de la memoria de Danton, que usaba una moderna pistola eléctrica, de disparo a turbina, capaz de hacer pedazos a cualquiera. Las supermetralletas de sus guardaespaldas, también me encañonaron inmediatamente.

No dejé que hicieran trizas el cuerpo que me había agenciado. Quizá estaba empezando a tomarle simpatía a la envoltura de Rocky Danton. Lo cierto es que puse en acción mis poderes mentales absolutos, que hasta entonces solamente utilicé con las dos bombas nucleares que impedí estallaran en Tokio.

Emití una poderosa radiación magnética. Directa al arma eléctrica del oficial. La vi destrozarse en la mano de su propietario, reventando en medio de un fogonazo azul, que calcinó el brazo del oficial chino y parte de su rostro. El espectáculo no fue agradable, pero si aquello era una guerra y yo estaba del lado de Danton por puro azar, bien estaba lo hecho.

El oficial rodó al pie de la nave blanca, agonizando. Sus dos esbirros me dispararon sus cargas explosivas a ráfagas. Pero ya había extendido yo ante mí una invisible barrera magnética, que frenó los proyectiles, haciéndolos estallar en el aire, inofensivamente, ante el estupor de sus tiradores, que se miraron perplejos entre sí, antes de escapar a la carrera cuando yo me moví hacia ellos resueltamente.

—¡Es un espíritu, un espíritu! —gritaban en su idioma—. ¡Ha vuelto de las tinieblas de la Muerte, y nadie puede tocarle…!

Así de sencillo era. Me encontré al pie de la puerta del avión blanco y vertical. Entré en él sin problemas. El piloto, otro chino con uniforme azul y el consabido dragón eh sus distintivos, se volvió con amplia sonrisa, esperando ver a su jefe militar sin duda.

También conocía a Rocky Danton.

Al verme se le heló la sangre en las venas. Trató de hacer algo, se incorporó en su asiento de la cabina superior, en la punta afilada de arriba, y se precipitó hacia mí, esgrimiendo un arma convencional antigua, pero siempre eficaz: una vulgar pistola automática, de moderna línea y color plata, pero ajustada a la moda de veinte años atrás.

Me clavó dos balazos en el pecho. Vio abrirse los agujeros, el boquete en la carne…, y éste se cerró. Horrorizado, repitió su disparo a mi cabeza. Vio el orificio negro en mi frente, para regenerarse inmediatamente los tejidos desgarrados, y cubrirlos de nuevo la piel impoluta, sin huella de violencia.

Trémulo, estremecido, mudo de horror, se precipitó lejos de mí, dando alaridos, bajó por el túnel de descenso y salió despavorido, alejándose del avión vertical, en el que me quedé yo de único dueño.

Me acerqué a su cuadro de mandos. Una ojeada bastó. Era elemental manejar vehículos así. Mi mente lo aprendió todo en un instante. Me senté. Accioné los mandos, y el vehículo despegó vertiginosamente, con un rugido flamígero de su turbina de iones. Dejé muy abajo el suelo y el recinto militar.

Sentí estallar en el aire cargas antiaéreas, pero ya era tarde. Cuando intentaron darme alcance sus baterías, ya estaba yo a demasiada altura, casi en el «techo» de la nave blanca y estilizada como una blanca flecha que atravesara el azul del cielo terrestre.

Me reí de buena gana, haciendo reír a los labios de Rocky Danton. Las carcajadas sonaron estentóreas en el interior de la nave. Era alegre reír. Y muy divertido.

Mentalmente, busqué en el cerebro de Danton alguna información ya grabada en la memoria, sobre el punto al que sería conveniente dirigir la nave robada tan fácilmente a los orientales, cuyo terror debía de ser ahora tan grande como su desconcierto. Me pregunté si alguno reuniría el valor suficiente para contar a sus dirigentes principales la verdad sobre lo sucedido aquel día en la fortaleza militar.

La nave era ligera, veloz, de fácil maniobra y gran agilidad. No era igual que sobrevolar los mundos en uno de mis casi infinitos viajes cósmicos, pero tampoco estaba mal, y uno se sentía algo liberado de la molesta gravedad terrestre, que parecía lastrar los movimientos.

La mente de Rocky Danton tenía un nombre grabado nítidamente, para un posible regreso inmediato a su base, regreso que no tuvo oportunidad de realizar en vida: Australia.

—Australia... —— meditó en voz alta.

Miró los instrumentos de a bordo, la pantalla del radar, un mapa luminoso del Pacífico y el Índico, con un sistema magnético que permitía ver brillar una luz, exacta situación de la nave en ese momento. Puso el rumbo sur-sudoeste.

Y se dirigió a Australia.

Exactamente al gran aeropuerto internacional de Perth, actualmente Base Militar Perth, de las Naciones de Occidente.

Sin dudar, era una gran incógnita.

CAPÍTULO III

—Rocky Danton... ¡Rocky Danton en persona!

—En carne y hueso, señor —sonreí suavemente, militarmente erguido ante el general David McKeefer.

—Pero, Rocky, todos dijeron que era hombre muerto... Que los Mandos del Continente Chino le habían aprehendido... y había sido juzgado sumarísimamente en Shanghai, siendo condenado a muerte como doble espía, traidor a la Causa de los Países de Oriente.

—Se dicen muchas cosas, señor—repliqué evasivamente —. Pero no siempre son todas verdad, usted lo sabe.

—Me asombra usted; No sólo vuelve con vida, tras los rumores circulados, e incluso la nota oficial publicada por el Alto Mando de los Países Orientales, anunciando su inmediata ejecución, sino que se trae consigo el avión privado de un alto militar chino, el comandante Wong, del Ejército de la Nueva China Imperial, que en 1882 sustituyó al régimen creado por Mao, y llevó a la concia del pueblo chino una fanática idea de superioridad racial y de poder absoluto del pueblo amarillo sobre el blanco o el negro.

—Tuve suerte, señor. Eso fue todo. Espero que sepan qué hacer con ese avión ahora.

—Tendremos mucho que hacer con él. Su diseño y técnica son muy superiores a los aviones norteamericanos, rusos o británicos, que utilizan nuestras tropas de Occidente, y usted lo sabe, Danton.

—Entonces, celebro que mi aportación pueda serles de utilidad, general.

—La aportación más valiosa que acabamos de recibir, es la de su reingreso en nuestra Unidad de Inteligencia Militar. Cuando su nombre iba a borrarse ya de la lista de agentes activos, para ingresar en la placa de honor de los que dieron su vida por la causa, vuelve usted lleno de vitalidad, de energía... y dispuesto £ seguir trabajando por el triunfo final de Occidente, de la raza blanca en suma.

—El triunfo final... —medité, y el rostro de Danton reveló mis pensamientos, porque se puso sombrío, ceñudo —. Me pregunto cuántos habrán muerto para entonces, general... ¿Ustedes han atacado Tokio con bombas de hidrógeno y cobalto?

—Sí —le miró, asombrado—. ¿Cómo lo sabe?

—Recuerde que estaba prisionero de los chinos cuando se

mencionó el hecho. Acababan de informar de ello por radio. Dieron imágenes por... por televisión. Algo horrible, general. Y eso que dos no estallaron en Tokio, sino en el mar...

—Hubo dos fallos inexplicables en el lanzamiento, sí — afirmó penosamente el general McKeefer—. Pero no se lamente demasiado por Tokio. Anteayer fueron atacadas con proyectiles termonucleares las ciudades de San Francisco de California y Los Ángeles, en los Estados Unidos, la capital de Panamá y el Canal, e incluso Nassau, en las Bahamas. El terror cunde por doquier. Ésta es una guerra de locos, Danton.

—Menos mal que lo reconoce, señor.

—¡Pero nosotros no la empezamos! —rugió el general, dando un violento puñetazo a su mesa —. ¡Recuerde lo sucedido! El mundo temblaba por culpa del régimen de Mao. Sin embargo, ese maníaco de poder y de odio racial que es el Emperador Lin Chou Yen, coronado por sí mismo como sucesor del Celeste Imperio, y fanático conductor de masas enloquecidas. Ellos iniciaron esta guerra, atacando Nueva York, Moscú y Londres en un mismo día, con más de veinte millones de muertos en total. ¿Qué otra cosa podíamos hacer sino aniquilar Pekín, como ya se hizo, y hacer caer la guerra sobre todos los países asiáticos arrastrados al conflicto por la astucia de Lin Chou Yen, que agrupó a China nada menos que al Japón, Ceylán, las Filipinas, Birmania, Tailandia, Indonesia, Corea, los Vietnam... En suma, todo el poder amarillo, contra los países blancos, eslavos o arios, meridionales o nórdicos, en la más devastadora y estúpida de las guerra de todos los tiempos.

—De todos modos, eso no tiene ya remedio. Estamos metidos en esto hasta su final, sea el que sea.

—Cierto, Danton, muchacho. No sabe cómo me alegra tenerle aquí otra vez — se puso en pie apoyó una mano en mi hombro—. No sé qué sería de nosotros sin usted. Ahora, puede tomarse al menos un par de días de permiso.

—¿Permiso?

—Sí, sí. Vacaciones. ¿Tanto le sorprende? Es sábado. No vuelva hasta el lunes a la Base. Váyase a Perth, a la ciudad. Esa chica estará esperándole, pensando que ha muerto... Se va a llevar una gran alegría, estoy seguro.

—Sí, también yo...—reflexionó, pensando urgentemente en «esa chica» de Perth, de la que aún no tenía la menor idea. La «encontré» en el archivo de recuerdos de la memoria de Danton.

Se llamaba Corinne y era australiana, hija de franceses emigrados años atrás. Joven, bonita y morena. «Vi» su imagen.

Me alarmó. Corinne, si era como la estaba viendo en la memoria de Danton, me avasallaría. Y yo no creía que pudiese convertir q Rocky en un apasionado, porque yo era su cerebro ahora, y yo ignoraba lo que era «pasión» en ese sentido exacto.

Pero pronto me tranquilicé. En la memoria de Danton no había registrado nada particularmente emotivo respecto a Corinne. Ella era todo fuego, pero a Rocky sólo le resultaba bien como diversión. No la amaba ni la deseaba. Sencillamente, eran buenos amigos. De modo que *tendríamos* que ser buenos amigos. Eso, en principio, no ofrecía problemas insalvables.

Había algo más, relacionado con Corinne. Su hermano. Su hermanastro Pierre, mejor dicho. Un muchacho serio, taciturno y concentrado. Estudioso, aficionado a la fauna marina y todo esc. Una enfermedad le había excluido del Ejército. Se dedicaba en Australia a sus asuntos marítimos. Era dueño de un batiscafo y se sumergía en el mar buscando ejemplares de la fauna abisal. Eso quería decir que eran ricos. Sí, lo eran. La memoria de Danton en eso fue expresiva. Muchas cifras, muchos ceros... Dinero. Corinne y Pierre tenían dinero. Eso, en la Tierra, significaba algo. En la memoria de Rocky, los recuerdos acerca de los dos hermanos eran un poco nebulosos, de modo que tendría yo que adivinar el resto, e irme adaptando a las circunstancias, en espera de que mis propias facultades se bastaran para salir del paso, sin caer en posibles errores.

Cuando hube dejado al general McKeefer, jefe del Servicio de Inteligencia Militar en Oriente de las Fuerzas de las Naciones Occidentales, me retiré a mi alojamiento en la Base, con la mayor naturalidad posible en mi actitud. Esperaba que así no resultara sospechoso ante nadie. No por mí, que no tendría nunca problemas de ningún tipo entre gente tan diferente a mí como la humanoide, sino por Rocky Danton, por su memoria. Había sido un buen chico, y tenía aprecio a su envoltura física y a su recuerdo de héroe. Por otro lado, estaba esa chica, Yoko Shindo. Y aún había algo más: acababa de descubrir parcelas borrosas en la mente de Rocky, cosas que se habían «borrado» de su memoria, como cifras limpiadas súbitamente de una pizarra. No era sólo en lo relativo a la pareja de hermanastros formada por Corinne y Pierre Dubois. Había algo más. Varias veces intenté localizar sus recuerdos de antes del cautiverio y durante éste, pero habían desaparecido de su registro mental igual que si las hubieran

ido borrando cuidadosamente.

Eso quería decir algo; alguna droga, algún método científico, «borró» fragmentos de memoria de Danton, le dejó amnesia parcial en algunas cosas. Y por mucho que hurgase en su cerebro, me encontraba zonas vírgenes, donde hubo «algo», pero ahora no había nada de nada.

Era ya cuestión de obstinación. Yo soy obstinado. ¿Lo puede dudar alguien que conozca un poco al pequeño y travieso Zen, de la lejanísima Galaxia de...? Bien, ¿qué importa esa ahora? Ya quedamos en que ustedes no tienen la menor idea de mi Galaxia, ni la tendrán jamás, ni siquiera con sus radiotelescopios. De modo que vamos a dejarlo y a olvidarlo.

Además, ahora, en este momento, sobre el suelo terrestre, yo no era ya Zen, el puro pensamiento de chispazos luminosos, llegado de esas Galaxias remotas. Ahora, yo era Rocky Danton.

Y quería hacer algo por él, por su recuerdo, por su nombre y su prestigio. Algo que superara, incluso, todo lo imaginable.

De otro lado, si había alguien capaz de evitar que la estúpida guerra de los millones de muertos continuase, ese alguien era yo. Iba a ser difícil conseguirlo, pero estaba decidido a intentarlo, bajo mi personalidad de Rocky Danton.

Estaba muy decidido a ello.

Sólo que antes, y conforme dijera el general McKeefer, yo tenía que atender otra cuestión mucho más trivial, en Perth, la ciudad australiana donde me encontraba: un asunto de faldas, con una hermosa joven, todo fuego, llamada Corinne Dubois.

* * *

—Hola, Corinne!

—¡Rocky! ¡Mi Rocky...!

Y se precipitó incontenible en mis brazos.

Me estrujó virtualmente. No sentí la menor sensación, desde luego. Corinne era una chica preciosa, estupenda, pero... pero yo era solamente un ente inmaterial de otra Galaxia. No encajábamos ella y yo.

Sin embargo, disimulé lo mejor que pude. La besé, procurando poner —en ello la intención y fuerza suficiente para darle a entender que yo me rendía ante sus encantos incondicionalmente.

Debí hacerlo bastante bien, porque Corinne suspiró, al despegar nuestras bocas, me miró con cierto asombro, casi sin aliento, y

comentó, admirada:

—¡Rocky! ¿Quién te ha enseñado a besar tan bien? Te has vuelto mucho más apasionado de lo que eras... —parpadeó, con cierto aire de recelo—. ¿No serán las chicas de Oriente las que... las que te enseñaron eso, no?

Sonreí, tratando de quitar importancia al hecho. Quizá me había sobrepasado en mi interpretación. O quizá, después de todo, Danton no había sido tan pasional... o no le producía efecto la belleza de Corinne, aunque esto último, para un ser humanoide de la Tierra, resultaba más difícil de explicar.

—No tuve tiempo de probar mis técnicas con ninguna chica oriental — rechacé, sonriendo como pudiera haberlo hecho el legítimo Rocky Danton en un momento así —. Sencillamente, Corinne: lo que ocurre es que las circunstancias y el alejamiento de las personas, nos hace ver luego lo que son nuestros auténticos sentimientos, Sólo eso...

—De todos modos, me gusta que te hagas tan expresivo — rió ella, tomándome por el brazo —. Siempre que sea conmigo nada más... bien estará. Pero teniendo en cuenta lo poco que puedes permanecer en Australia desde que estalló la guerra, tengo motivos para recelar de ti y de tus contactos femeninos... Pero dejemos eso ahora, Rocky. Supongo que vendrás necesitado de vida tranquila, descanso, relax y todo eso, ¿no es cierto?

—En gran parte — suspiré. Miré a mi alrededor, a los idílicos parajes del lugar, en la zona residencial costera de Perth, donde Corinne residía—. Esto parece un paraíso, pero me pregunto si durará mucho...

—Por el momento estamos a salvo de cualquier peligro termonuclear. Ya sabes; la sombrilla» defensiva, los sistemas de seguridad, la barrera magnética que repele proyectiles disparados sobre este punto, y todas esas cosas que dan cierta seguridad al Cuartel General para Operaciones en Extremo Oriente y la Zona Austral. Si ellos hubieran podido destruirnos, esto no existiría ya. Se han detectado más de veinte ataques aéreos, dos espaciales, a base de proyectiles lanzados desde plataformas en órbita terrestre, y una docena bajo el mar, por medio de submarinos suicidas, con proa atómica. La moderna versión de los *kamikazes,* como dice Pierre.

—Ya. A propósito, ¿dónde anda Pierre ahora?

—¿Dónde quieres que esté? Con su batiscafo, en zonas de seguridad, profundizando para encontrar nuevos ejemplares con destino a su colección particular. Tenemos una especie de estanque

iluminado, en el que te sumerges, y puedas encontrar reunidas las más diversas especies de peces y animales marinos. Ya sabes que ése era el viejo proyecto de Pierre. Bueno, pues lo hizo realidad, a regañadientes del Servicio de Marina, que no desea diversiones ni entretenimientos en este sector, sino únicamente la utilización marina con usos bélicos. Pierre ha encontrado ejemplares abisales realmente maravillosos y de gran rareza. Está loco con su colección. Si fuesen tiempos de paz, estoy segura de que gentes de todo el mundo se interesarían por visitar su «pequeño océano», como él llama al estanque artificial de agua de mar. Pero con esa horrible contienda, ¿quién piensa sino en salvar el pellejo, en sobrevivir, en esperar angustiosamente el final de todo, sin que ello signifique el final de la Tierra y la civilización, por culpa de las súper-armas termonucleares o de cualquier otro tipo moderno?

Corinne hablaba mucho y bien. Se la notaba inteligente, vivaz, brillantemente social para su mundo, o hubiese querido penetrar más en ella, pero me era difícil. Resultaba una chica voluble, de pensamiento ligero y chispeante, de escasa profundidad aparente, y muy complicada para estudiar de forma telepática. No hubiera sabido decir si era por inconsciencia, por superficialidad mental, o porque era lo bastante inteligente y capacitada para retener muy controlados y bloqueados sus pensamientos, contra cualquier riesgo exterior. Lo cual me parecía poco probable en una chica como ella, aunque no quise descartar la posibilidad totalmente.

Estaba preocupado, allá dentro de *mi* cráneo prestado. La falta de memoria en las numerosas parcelas cerebrales de Danton, eran causa de que me inquietase un poco. ¿Qué había sucedido para que ese fenómeno se produjese? ¿Por qué borraron esos fragmentos de recuerdos y de evocaciones, dejando zonas en blanco propias de un amnésico?

No era una enfermedad ni un mal natural de la mente que yo estudiaba y dominaba dentro del cuerpo de mi amigo Danton, mi prestada envoltura humana. No. Yo sabía bien que eso no era. Se trataba, sencillamente, de un hecho *provocado.*

Un tratamiento especial, una droga, acaso una reeducación psicomental del paciente, para que olvidase por completo determinadas cosas de su existencia…

—Sí, pero ¿por qué?

Mientras estuvo prisionero de los chinos imperiales del poderoso y fanático Li Chou Yen, el restaurador de las Nuevas Dinastías, Rocky

Danton había sido *manipulado* astuta y científicamente, para que hubiese esas parcelas en blanco dentro de sus recuerdos. Lo curioso es que tales parcelas de memoria no afectaban sólo a su; período de prisión o a la personalidad aún en sombras de Yoko Shindo, una hermosa oriental cuyo rostro podía *ver* yo en su recuerdo, pero rodeada de brumas y de vacíos de memoria, sino también a los hermanastros Dubois, con todo lo que pudiera significar su posible relación, sentimientos y roce con ellos dos.

En resumen, aquélla podía ser una parte que se borró accidental o casualmente, pero también podía ser otra cosa. Yo había pensado ya en algo tremendo, pero posible en las actuales circunstancias de aquel planeta en convulsión que era la Tierra, o S-3 para el concepto cósmico y espacial de Zen. Y yo, aunque ahora fuese Rocky Danton, o mejor aún, su cerebro prestado, en realidad seguía siendo el que siempre fui: Zen, viajero de lejanas Galaxias que nadie en este lugar del Universo conocía ni de oídas.

Lo demás, era puro accidente. Y más que nada, mi relación con los seres humanos que habitaban este complicado mundo, hostil y violento. Aunque de un modo estrictamente personal, de ser a ser, y salvando nuestras distancias siderales y genéticas, nuestros abismos de diferencia síquica y material —si había algo «material» en mí, cosa harto dudosa—, yo empezaba a sentir cierta simpatía por mi humana «envoltura». Y entre Rocky Danton, muerto en un vulgar fusilamiento militar en China, y yo, Zen, un ente cósmico de indefinible calificación para los terrestres, existía una corriente afectiva, un nexo que iba más allá de los humanos sentimientos y de las relaciones terrenas, ya que no tenía nada de material ni definitivo siquiera. Yo, Zen, carezco de emociones. Y creo que un hombre muerto, tampoco es fácil que llegue a emocionarse por nada.

Volví a la realidad, abandonando mis divagaciones. Pensé en Corinne, que colgaba de mi brazo y me iba relatando volublemente mil cosas que carecían de interés, pero que a ella parecían fascinarle, relacionado con amplia y suntuosa propiedad en la mejor zona de Perth, al abrigo de los Cuarteles Generales del Mando de Occidente, y protegidos por las numerosas e invisibles barreras magnéticas y de detección que hacían prácticamente inexpugnable el lugar.

—Ven —dijo de repente ella, tirando de mí con fuerza—. Rocky, vamos allá. Creo que Pierre vuelve de las profundidades de Punta índica, con su batiscafo. Vamos a recibirlo, ¿te parece? Posiblemente traiga cosas hermosas ce las profundidades.

Asentí, siguiéndola rápidamente. Alcanzamos la costa. Era rocosa allí, con una serie de arrecifes en los que se estrellaba el índico con fuerza, y su profundidad debía de ser considerable, según permitían apreciar sus claras aguas transparentes.

El batiscafo de Pierre emergía ya de entre las aguas, con un zumbido suave, de turbinas en marcha decreciente. Era un hermoso y estilizado batiscafo, ciertamente.

De color azul profundo, metálico pero de superficie plastificada, con una serie de visores o ventanas ovales, como oval era la forma del propio vehículo submarino. Solamente se podía mover en sentido vertical, al parecer, sumergiéndose o elevándose. Pero no necesitaba ir sujeto a ninguna otra embarcación, siendo así un batiscafo completamente independiente y autónomo. Por lo que observé en los pensamientos de Danton, eso no había sido lo habitual en cuanto a batiscafos, de ahí la novedad de éste en particular.

Cuando estuvo flotando en las aguas, como una embarcación cualquiera, se abría una tapa superior y emergió un hombre alto, atlético, de cabellos castaños, de rostro bronceado y expresión jovial, con aire deportivo y elástico. Le gritó Corinne algo, y él agitó sus brazos al verla. Yo me había rezagado un poco, examinando el batiscafo, y observé que ni siquiera se daba cuenta de mi presencia. Debió de pensar que yo era algún acompañante habitual de su hermanastra, pero no me concedió interés alguno.

—¡Vamos, Rocky, descendamos a la cala! — me llamó ella, emprendiendo carrera por una especie de sendero descendente, entre riscos, y cuyo acceso era relativamente sencillo gracias a los escalones tallados en la propia piedra, posiblemente con algún pico, para hacerlo accesible a cualquiera.

Bajé con Corinne. Su hermanastro, Fierre, estaba ocupado en extraer de su compartimento, estanco del batiscafo, una bolsa plástica, transparente, llena de agua de mar... y de curiosos peces transparentes o de aspecto opalescente, con algunos otros negros y dorados, y algún que otro ejemplar de forma insólita, escamoso y con unas raras aletas en forma de alas de mariposa.

«Fauna abisal», pensé enseguida. Y me reí para mis adentros, preguntándome qué hubieran pensado los terrestres de los peces y criaturas acuáticas que podían hallarse durante una sesión de pesca en cualquier planeta similar a Venus —o a Neptuno... Creo que hubieran pegado brincos de horror, o se hubieran muerto de la impresión, sencillamente.

Llegamos junto al casco curvo, azul, lustroso, del batiscafo de Pierre. Él nos daba la espalda. Corinne le llamó suavemente, con tono jovial:

—¡Eh, Pierre, mira! Mira quién está aquí, querido… Vaya sorpresa, ¿eh?

Pierre, sonriente, se volvió hacia nosotros.

¡Cielos, ya lo creo que fue sorpresa!

Le vi balbucear algo, ponerse pálido, sonar de súbito la bolsa plástica con los peces, que rodó por el suelo arenoso y salpicado de peñascos, de la cala, al pie del batiscafo. Menos mal que el recipiente era hermético, estaba bien cerrado, y los ejemplares insólitos no se esparcieron irremisiblemente hacia el mar otra vez…

Pierre Dubois me estaba mirando con una especie de incredulidad, de estupor tan grande, que comprendí que Rocky Danton era la última persona a quien hubiera esperado ver con vida ante sí.

Sencillamente, Pierre no concebía el verme *vivo*. Lo leí en el acto en su mente, cuando llegué hasta sus pensamientos. Esperaba, suponía, creía *saber* que *yo estaba muerto…*

Pero en el acto, durante aquel segundo largo que nos contemplamos cara a cara, ocurrió algo en él. Capté la sensación de que su cerebro se encogía sobre sí mismo, se encerraba en un caparazón hermético, al tiempo que sentía como un cosquilleo eléctrico hurgando el mío propio o, por mejor decirlo, el cerebro prestado de Danton, ya que el mío, si yo lo deseaba, era hermético como un crustáceo cerrado.

Rápidamente bloqueé la mente de Danton y mantuve en guardia la mía propia. Supe, sin lugar a dudas, algo muy curioso y sorprendente.

Además de haberse sobresaltado por el hecho de verme con vida, Pierre Dubois era un hombre peligroso… porque *era telépata.*

CAPÍTULO IV

—Ha sido la sorpresa más grata de mi vida, Rocky... Puedes creerlo, querido amigo.

—Lo creo — sonreí —. Vi tu gesto de asombro al encontrarte conmigo. La verdad, era como si me vieras salir de la tumba, Pierre.

Solté una carcajada al decir esto, y observé que él pestañeaba rápido, aunque sin inmutarse. Ajena a todo, Corinne escanciaba buen vino en nuestras copas de cristal verde pálido. Supe que era buen vino porque la mente de Danton me lo indicó así. Excelente vino, con más precisión. Añejo y de buena marca. Me gustó el sabor del vino. El paladar era algo que nosotros hemos desconocido en nuestro mundo durante una eternidad, porque no comemos ni bebemos. Nos nutrimos exclusivamente de inagotables fuentes de energía que sacian cualquier apetito de nuestra simple naturaleza inmaterial. Pero era agradable sentir sabores, beber vino e, incluso, probar buenos bocados, como aquellos cangrejos y langostas en salsa que habían servido los Dubois para celebrar mi regreso. El regreso de Rocky Danton...

—Ahora, el champaña —dijo Corinne, apartando el vino con indolencia —. Champaña para brindar por nosotros, cariño...

Me besó. Y yo a ella. Los nuevos términos, «champaña» y «brindar», se abrieron fácil paso en mi mente, con ayuda de los recuerdos grabados en el cerebro de Danton. Supe lo que era, y acepté el juego. Los humanos tenían extraños modos de darle solemnidad a cualquier cosa, incluso a una copa de aquel dorado líquido, frío y espumoso.

—Se llegó a decir en Perth que habías caído prisionero de los chinos. O que habías muerto...

Era Fierre quien hablaba ahora. Le miré. Mantuve mi mente cerrada. Él también tenía la suya hermética. Debía de haber sorpresa, mucha sorpresa en él. Quería averiguar lo que pensaba, llegar hasta el fondo de la mente de Rocky Danton, y se quedaba perplejo al ver que era imposible. Por su parte, algo sospechaba, para mantenerse en guardia, rechazando cualquier esfuerzo telepático por mi parte. Eso quería decir que *sabía o sospechaba* que yo era telépata. Pero Danton no lo había sido jamás. ¿Qué idea se estaba formando entonces de todo esto? ¿Que yo era un... un suplantador, un falsario? Sin duda lo hubiera pensado, de no advertir que, sin lugar a dudas, Danton estaba

ante él, y nadie podía ser tan exacto en todo. Pero todo eso le creaba una profunda desorientación. No entendía, y estaba intentando entender. Algo así me sucedía también a mí.

Mencionaba lo de mi muerte o captura, para justificar su sobresalto en el batiscafo, en aquella tarde, era obvio. Ahora, en la cena, en la residencia moderna y suntuosa de los Dubois, elaboraba minuciosamente su coartada, para que yo nada sospechase.

Era astuto. Inteligente. Despierto. Demasiado, para ser solamente... el hermanastro de Corinne. No me gustaba. Nada de Pierre me gustaba. Ni él, ni su poder telepático, ni su autocontrol mental, ni sus actividades bajo el mar, en el bello y moderno batiscafo... Nada de nada, sinceramente.

—¿Cómo pudieron decir eso? — pregunté con una sonrisa afable.

—Oh, no lo entiendo... Tal vez rumores, acaso algún informe confidencial que se filtraría sabes que los secretos mejor guardados llegan siempre a la calle... Lo cierto es que estabas fuera de Australia, que el general McKeefer se mostraba muy reservado sobre tu paradero... y que luego observamos todos cierto pesimismo y evasivas respuestas cuando se hablaba de ti... Eso nos hizo pensar lo peor.

—Yo nunca pensé así — replicó Corinne —. Estaba segura de que no sucedería nada. De que Rocky saldría con bien de todo.

—Tienes una gran fe, pequeña —sonreí, acariciando su mejilla suavemente —. Como ves, no se debe nunca de pensar lo peor. Debe confiarse en que las cosas sean mejores de lo que se pueda temer. Sólo así, en definitiva, resulta cierto que nuestra fe se ve premiada.

«Hermosa disgresión», pensé yo, al término de mi charla. Empezaba a hacerme una persona locuaz y brillante. La compenetración entre mi puro poder mental y el inerte pero legible de Danton, era perfecta. Vi a Pierre asentir a mis palabras, con aire pensativo.

—Brindemos — dijo Corinne alzando la copa y tendiéndome otra a mí—. Por nosotros, Rocky. Y por nuestro mejor futuro... y el futuro pacífico de un mundo mejor.

Tomé la copa. La alcé. Chocamos los vidrios. También el de Pierre. Se derramó algo de champaña y Corinne rió. Eso parecía formar parte del ritual.

—Por ti, por mí... y por todos — dije, muy a tono con las circunstancias.

—Por vosotros, sobre todo — añadió Pierre, posiblemente sin ninguna sinceridad—. Por los dos. Y por vuestra felicidad. Porque

cuando te marches de nuestro lado, Rocky... siempre haya un retorno.

Bebimos. El champaña era cosquilleante y tenía un excitante sabor y aroma que me gustó más que el del vino. Posiblemente me estaba enseñando mal entre los humanos. Sus costumbres eran agradables. Y resultaba agradable sentirse metido dentro de una de aquellas envolturas de carne y hueso, aunque le impidieran a uno moverse con el albedrío total con que mi naturaleza original se movía en cualquier dimensión o plano del Espacio-Tiempo.

Esto tal vez resultara aburrido a la larga, tremendamente limitado, en suma. Pero las nuevas experiencias, no podían resultar más gratas, así en su primera impresión.

Corinne rompió su copa al terminarla. Rió, divertida, y Pierre esperó con la suya en alto, mirándome pensativo, o rompí la mía, seguro de que eso esperaban justamente de mí. Al fin, entre risas, Pierre nos imitó. Corinne se lanzó en mis brazos, besándome con calor. Yo acaricié sus oscuros cabellos. Eran sedosos y suaves. Lejanas estrellas australes, que para mí eran familiares, vecinas en ocasiones, se reflejaban en su cabello, en sus ojos, en aquella terraza asomada al jardín frondoso y al mar terso, límpido, apacible, que parecía propio de un mundo de paz, no de un planeta conmovido por una guerra tan absurda como devastadora.

Pensé lo que los humanos pensarían de aquellas luces remotas, suspendidas en el infinito vacío del Cosmos. Para ellos, eran lejanas, inaccesibles chispas de luz nocturna, llenas de poesía. Yo hubiera podido hablarles mucho de la mayor parte de ellas. Yo hubiera sido capaz de decirles, mostrándoles la inmensidad:

—Ved. Aquélla es la estrella donde me detuve para recorrer sus ríos de luz y de gemas candentes...Aquélla es un mundo frío, petrificado, vidrioso, donde la superficie son diamantes de una dureza terrible, y escarchas eternas y cristalinas cubren sus cumbres poliédricas, como facetados increíbles sobre un mundo de aristas, de irisadas paredes como hielo, vidrio, diamante o cristal. Y allá, aquel fulgor rojo, marca una esfera de fuego, en cuyo interior, sin embargo, formas vivas de lava corren por galerías interminables, ciegas y fatalistas, sin el menor contacto con ninguna forma humana, animal, ni siquiera inteligente o sensible, conocida hasta hoy. Y, sin embargo... tienen inteligencia, sí. Como la tienen los gigantes de Antares, las luces vivientes de Orión o las hebras fantásticas de Sirio, agrupadas en haces socialmente perfectos de conveniencia... E incluso las formas entre humanoides y metálicas de Rigel, en un delirante mundo de luz

y de helio ionizado, a más de treinta mil grados centígrados de temperatura media. Su parte humanoide naturalmente, es pura apariencia, porque ningún ente humano soportaría esa temperatura, a la que nacieron, adaptados, ciertos cuerpos plásticos, incandescentes, con mezcla metálica en sus tejidos orgánicos...

Podría hablar de todo eso, y me tomarían por loco. Porque ahora, en este momento, en el mundo terrestre, yo era Rocky Danton, agente del Servicio de Inteligencia Militar del Alto Mando de Occidente, no Zen, la «cosa» intangible de otras

Galaxias increíblemente distintas incluso a todo lo que desde la Tierra se podía ver en el firmamento sin límites ni auténtico final, sin muros que delimitasen la Gran Curvatura del Espacio— Tiempo.

Pero no hablé de nada mientras besaba a Corinne y me dejaba besar por ella. Noté, simplemente, que en el cerebro de Danton, el champaña hubiera resultado excitante, pero no en el mío, perfectamente frío y preciso.

Pierre nos contemplaba, como satisfecho de la escena. Supe que llenaba dos copas de champaña más, para nosotros dos, y se retiraba cauteloso, calladamente, para dejarnos solos bajo las estrellas del hemisferio austral.

Corinne respiraba entrecortadamente, ceñida por los brazos a Rocky Danton. Supe que, de haber sido él quien estuviera dentro de sí mismo, la escena hubiera podido tener cualquier final, menos uno frío y reflexivo. En el fondo hubieran sido solamente hombre y mujer. Los dos polos básicos de la existencia humana, el principio y el fin de todas las cosas, desde Adán y Eva...

Pero yo, Zen, no era un tipo emocional. Ni siquiera lo fui con varias copas de champaña en mi cuerpo, con la mente de Danton convertida en un galimatías.

Para evitar que ella pudiera sentirse realmente defraudada de un galán, apelé a un procedimiento ingenioso. Me limité a rodearla con los brazos de Danton, besarla intensamente, como si yo me consumiera de pasión y de deseos... y entre tanto, actuó mi propia forma mental, con toda su intensidad.

—Duerme... —invité, autoritario, a la muchacha que suspiraba en mis brazos —. Duerme, querida Corinne... Es una orden. Duerme... Duerme e imagina... Duerme... y sueña. Te lo ordeno, Corinne.

Sus párpados parecían pesar como losas. Pestañeó. Se cerraron sus ojos, cayeron sus pestañas sedosas y abundantes... Respiró hondo, exhaló un profundo suspiro.

Se durmió. Era mi orden, y yo sabía que iba a obedecerla. Ella no era una telépata como su hermanastro, ni disponía de un poderoso autocontrol mental como él… Dócilmente, cedió a mis órdenes síquicas.

La dejé reposando en el asiento oscilante de la terraza, muellemente mecida por él, y recibiendo en su piel la fría, sedante caricia de la brisa marina australiana. Me incorporé y peiné mis cabellos, retocando el nudo de la corbata. Así lo hubiera hecho Danton.

Caminé a largas zancas por el jardín. Era irritante no poder levantar el vuelo, elevarse sobre setos, rosales y toda clase de arbustos floridos, en busca de lo que yo quería encontrar.

Era Pierre quien me interesaba, no su hermanastra. Tal vez estuviera equivocado, o tal vez no, pero para ciertos trabajos, como aquel de espía que era el modo de vida de Rocky Danton, hacía falta tener mucho cerebro y ningún corazón. No podía reprochar nada personalmente a mi «amigo» Danton, cuya epidermis lucía yo en estos momentos. Él fue inteligente, de eso no tenía duda alguna. Pero era también humano, y eso, en un humano, no puede ser reproche, porque sería un contrasentido que un hombre no fuese un hombre, como que yo, Zen, puro pensamiento, no fuera sólo eso: puro pensamiento, frío y desapasionado.

Ahora, Rocky Danton era todo cerebro, y nunca mejor aplicada la frase. Antes, fue hombre además. Y le mataron.

En eso estaba la diferencia. A mí *no podían matarme.*

Y yo estaba haciendo, además, todos los posibles, no sólo para que no pudiesen hacerme daño, cosa que prácticamente les era imposible por el momento, sino que ni siquiera tuvieran ocasión de repetir su intento para acabar con Rocky Danton.

Cuando eso había sucedido, cuando a Rocky se le atacó su cerebro, para evitarle recordar ciertas cosas, cuando se le fusiló en un lugar de la China continental, convertida de nuevo en Imperio por la demencia ególatra de un nuevo dirigente, el presunto Emperador Li Chou Yen, es porque Rocky Danton *significó un peligro para algo o para alguien.*

Y ese peligro, ese tremendo riesgo que él suponía, y que ocasionó su muerte y las manipula— dones en su cerebro, para evitar que recordase algo importante, quería descubrirlo yo. Saber que era exactamente… y utilizarlo contra los que causaron la perdición final de un joven agente occidental llamado Rocky Danton, en el interior de China…

Ya había dejado atrás el jardín y la zona residencial de los Dubois. Un sendero, entre rocas, conducía a la cala privada. El aire olía a salitre y marisco, a rocas y a mar. Me aventuré hasta el sendero que descendía a la cala.

Abajo estaba Pierre. Y su batiscafo. Éste permanecía en sombras, sin luz alguna, iluminado solamente por las estrellas. No sé si Danton hubiera descubierto tanto detalle, con la sola ayuda de sus ojos. Yo, con la ayuda de mi visión mental a distancia, descubrí al joven hermanastro de Corinne en pie junto al batiscafo azul, que se mecía en las aguas de la cala, suavemente, amarrado a tierra.

Pierre esgrimía algo en su mano derecha. Agucé la vista. Era una lámpara. Una lámpara sin luz visible.

Raro. Él la accionaba, la movía, la hacía oscilar, presionaba un resorte, como si la apagara o la encendiese. Pero seguía sin salir ninguna luz de su foco.

Entendí. Rápidamente, me desligue de la limitada visual que me imponían los ojos de Danton como visores. Miré por mí mismo, a través de mis medios propios.

Entonces vi la luz. Ya lo creo que la vi. Intensa, radiante. Emitida con intermitencias y ciertos movimientos precisos. Los ojos humanos no estaban adaptados para verla por sí solos, sin aditamento de ciertos filtros.

Luz infrarroja. Más allá del campo visual del espectro, para el ser humano. En ciertas cosas los habitantes de este planeta son endiabladamente limitados. ¿Cómo no podrán captar semejante luz?

Está haciendo señales. Señales hacia el mar junto a su batiscafo. No sé adónde las dirige ni a quién, pero eso no es normal. Eso no es obrar con lealtad. En estado de guerra, y teniendo en cuenta los métodos terrestres de combate, esas señas han de estar prohibidas forzosamente Tienen que ser clandestinas.

Y, si lo son, es que Pierre Dubois busca algo oscuro, algo poco legal, sea ello lo que pueda ser...

Decididamente, me acercaré a él. Estoy cerca ya en la zona arenosa de la playa. Voy a moverme en su dirección. Voy hacia el punto donde él se encuentra, de espaldas a mí, bien ajeno a mi presencia, dispuesto a seguir transmitiendo señales, sin saber que es observado, vigilado por una persona a quien cree en estos momentos seducido por el encanto y el atractivo de su hermanastra en un idilio inexcusable, para el que todo fue preparado convenientemente.

Ya estoy tras él. Me oculto, agazapado, en un rincón, entre rocas y

arena. Escudriño el mar oscuro, bajo las estrellas. Ante mí, Pierre ha dejado de hacer señales. Parece esperar algo, en tensión junto al casco azul de su batiscafo científico.

Unos momentos de espera, una pausa silenciosa, tensa...

Y, de repente, surge del mar.

Como un monstruo marino, como un ser que no pueda pertenecer a este mundo, emerge la forma plateada, oblonga, plana como un disco volante de ciertos planetas de la Vía Láctea que se dedican a recorrer el Universo estudiando otros mundos, en misión puramente informativa e investigadora. Creo que incluso en la Tierra no son extraños del todo, aunque la gente todavía los ignore oficialmente, más por obstinación que por otra cosa.

El disco oblongo, plateado, ha levantado una oleada de espuma al surgir, pero es silencioso, no produce el menor zumbido siquiera, como si no tuviera motores o éstos se hallasen parados, pese a que la nave se mueve, emergiendo del mar pausada, espectacularmente. Un foco de luz barre la playa... sin dar luz. Sólo yo lo veo. Pierre, ni siquiera parpadea. Ahora sí. Pero se ha puesto unos curiosos lentes, especiales para hacer visibles los rayos infrarrojos.

Es luz infrarroja también la que, a ojos de los tripulantes misteriosos de la nave, se extiende en abanico sobre la arena, descubriendo hasta los más nimios detalles. He tenido que encogerme increíblemente, para que el alto cuerpo atlético de Rocky Danton, no sea descubierto inoportunamente.

La oblonga forma plateada se posa mansamente en la arena, ligeramente ladeada sobre los arrecifes. Fierre avanza hacia ella.

Una escotilla se abre en su parte superior, deslizándose en silencio, como un panel engullido por el resto del fuselaje argentífero.

Alguien va a salir...

¿Quién?

¿Qué significará todo esto?

* * *

Eran hombres extraños.

Extraños en Australia, quiero decir. Extraños en Occidente.

Eran orientales. Enemigos. Adversarios en la terrible guerra de hemisferios del planeta Tierra.

Uniformados de color azul celeste, con el inevitable dragón en fondo rojo, como emblema de sus ropas militares. Conocía ya ese

dragón. Lo había visto antes. Y Danton también.

Por el aspecto, eran japoneses, no chinos. No importaba. Japón estaba junto a China en aquella guerra. Como los demás países asiáticos de raza amarilla. Era una pugna de razas, elevada al choque decisivo, vital, para sobrevivir o para ser aniquilados.

Hablaron en japonés con Pierre. Entendí sus palabras. Yo podía entenderlo todo. Para mi mente, lenguajes complicados de cualquier lugar no tenían dificultad, alguna. Era un sencillo método de transmisión de ideas, previas al lenguaje. Puede cambiar el idioma, pero no cambian los cerebros, salvo en su graduación. Y los terrestres eran demasiado inferiores a mi mente, para que hubiera problemas en cualquier sentido.

—Recibimos el mensaje —dijo escuetamente—. ¿Por qué lo enviaste?

Su tono era seco, desabrido. Evidentemente, no estaban contentos, por alguna razón, con el comportamiento de su camarada en Australia.

Pierre replicó con sequedad también, como disculpándose en forma airada:

—¿Por qué nadie cumple su misión conforme debe? Eso me obliga a mí a correr riesgos inútiles.

—Habla claro, europeo. ¿Qué sucede contigo ahora? Nosotros siempre cumplimos nuestras misiones correctamente.

—¿De veras? —el sarcasmo afloro al tono de Pierre—. Me sorprende vuestra seguridad y convicción, almirante Shato.

—Todo esto carece de sentido. Nos haces venir a la costa australiana, con todo el riesgo que significa salvar el túnel abierto por tu batiscafo en la barrera magnética submarina. ¿Y para qué? Para reprocharnos cosas que no tienen razón de ser. ¿Qué te ocurre, europeo? ¿Has perdido el con trol de tus nervios?

No, pero posiblemente lo pierda en, cualquier momento — se enfureció Dubois — Decidme, mi querido almirante, ¿dónde está ahora el agente norteamericano Rocky Danton, del Servicio de Información Militar de las Fuerzas Aliadas de Occidente?

—¿Danton? — el japonés enarcó sus cejas, estupefacto—. ¿Dónde va a estar? La última vez quejo vi, esperaba ser fusilado en la prisión militar de Sungkiang, en Shanghai. Ni creo que haya escapado a ese destino en modo alguno. Es más para entonces se había procedido ya a su «lavado de cerebro» en el Departamento de Control Mental. No recordaba nada de lo que no convenía que recordase. Era una

precaución, por si de algún modo escapaba a la pena capital, cosa que en modo alguno podía suceder.

Lavado de cerebro... De modo que yo estuve en lo cierto. A Danton le borraron recuerdos concretos, antes de llevarle al patio de ejecuciones, en China. ¿Por qué?

—Lavado de cerebro... —estaba repitiendo a su vez, sardónicamente, Pierre Dubois—, Menos mal que no eso sí parece que lo hicisteis bien, porque Danton no recuerda nada sobre mí pero en cuanto a lo demás... ¡malditos imbéciles, explicadme por qué Rocky Danton en persona, está ahora *aquí*, en Perth, a menos de quinientas yardas de nosotros, haciendo el amor a mi hermanastra!

El estupor sacudió al almirante nipón como si recibiese un impacto demoledor. Se tambaleó, atónito, y miró a Pierre con asombro, con total incredulidad.

—No estarás hablando en serio, ¿verdad, europeo?— indagó, con voz fría.

—¿Qué imaginas? ¿Acaso que todo esto es una broma, pura diversión donde no arriesgo nada? ¡Estoy jugándome el cuello por cooperar con vosotros como agente, y todavía preguntas si hablo en serio, malditos seáis todos, estúpidos y ridículos orientales!

El gesto helado del nipón reveló algo más que malhumor. El insulto de Pierre no le había gustado. El odio, el rencor, la ofensa, eran ostensibles en el fulgor hostil de sus almendrados ojos.

—Cuidado, europeo —avisó silabeante—. No ofendas más a mi pueblo ni a mi raza. Si nos hieren el orgullo, preferimos a un agente o colaborador nuestro sin soplo de vida, que no un ofensor disfrutando de esa vida para humillarnos. Tenlo bien en cuenta, europeo.

Pierre pareció recapacitar sobre la advertencia del japonés, pero siguió demostrando su ira por lo que sucedía:

—Cuando vi a Rocky Danton en persona, me quedé helado. Creo que si me pinchan, no me sacan ni gota de sangre. Es posible que a él mismo le extrañase tanta sorpresa, pero no pude evitarlo. Lo imaginaba ya muerto, enterrado... y de repente surge ante mí, como un resucitado.

—Un momento. Hay que averiguar lo que sucede cortó el almirante Shato con voz grave.

Si es cierto que Danton ha vuelto, algo funcionó mal en China, y no he sido informado. Vamos adentro. Averiguaremos lo que ello sea... y ahora mismo.

Pierre asintió. Miró en torno, cauteloso. Solamente la oscura

noche, salpicada de estrellas, les rodeaba en el apartado lugar de la costa. No parecía haber peligro inminente. Confiaban demasiado en las medidas de seguridad submarinas, que era evidente no eran tan sólidas como creía el Mando Occidental, habida cuenta de que las incursiones del joven Dubois con su batiscafo, no eran precisamente con la única y exclusiva finalidad de capturar ejemplares de la fauna abisal, sino con el propósito de abrir una brecha o túnel bien definido, en la barrera magnética subacuática, por donde filtrarse embarcaciones sumergibles del Oriente.

Pierre Dubois era de la peor y más sucia especie de los traidores conocidos.

Pierre se vendía por alguna razón a los de otra raza. Posiblemente por dinero. Sin saber que, si ganaba aquella guerra espantosa la coalición amarilla del mundo, él sería igualmente exterminado cuando se hiciese la depuración total y desapareciesen los blancos de la superficie terrestre. Yo Zen, podía leer tales ideas nítidamente, en el fondo de la fría y lúcida mente del almirante Shato, cuando acompañaba a Pierre al interior del disco submarino de fuselaje de plata. Pero nadie hubiese podido convencer a Pierre Dubois de que así pensaban sus aliados.

Ellos, los amarillos, odiaban y despreciaban a su agente blanco, el traidor Pierre. Pero les era necesario en estos momentos, y dispondrían de él en tanto la situación se mantuviera igual.

Ya sabía lo suficiente sobre el estado actual de cosas. Pero quería saber más; bastante más. Y estaba capacitado para conseguirlo. Podría correr cualquier riesgo, incluso que Rocky Danton fuese aniquilado.

Solamente aniquilarían una envoltura humana. Yo, Zen, era inmortal para los seres de la Tierra. Me bastaría trasladarme de envoltura, pasar a otro ser humano, si lo deseaba, para continuar allí. Esa superioridad sobre cualquier otro ser viviente, me concedía unas oportunidades y privilegios asombrosos. Ese poder me daba la opción a ser temerario.

Y lo fui.

Salí de mi refugio entre las rocas, y me aproximé a la nave plateada que se mecía entre la playa y el oleaje. Claro que podía dejar el cuerpo de Danton en cualquier lugar, y penetrar con mis propios recursos, sin ser visto ni percibido por nadie, dentro de la nave. Pero eso era demasiado sencillo. Quería jugar fuerte, arriesgar el máximo, para provocar una reacción enérgica, decisiva, en los agentes enemigos de Danton.

Así que el mejor camino para ello, era actuar como Rocky Danton, a todo riesgo. Dando la cara, dejándose ver. Era preciso desorientar, incluso amedrentar al enemigo. Y obligarle a hacer algo que, fuese lo que fuese, no vencería a Zen, aunque sí a Danton. Y ahora, Danton-Zen o Zen-Dan— ton, eran una misma cosa y un mismo ser. De modo que, prácticamente, era invencible. Eso, ellos lo ignoraban. No lo creerían ni aunque se lo jurase. De modo que ésa iba a ser la gran baza.

—Además, aparte de ayudar a la memoria del infortunado Danton, aparte de colaborar para su asesinato fuese vengado… quería divertirme.

Y penetrar en el disco plateado, detrás de los dos espías, iba a ser divertido. Sobre todo, si me descubrían dentro. De lo cual existían un mínimo del noventa y ocho por ciento de probabilidades favorables.

Pero la escotilla estaba abierta, los dos hombres dentro… y yo subí a la superficie metálica, plateada, penetrando en su interior con sigilo, resuelto a enfrentarme definitivamente con una situación límite que obligase a aquella gente a tomar una decisión tajante.

Una decisión que, tal vez, me permitiera saber qué sucedía exactamente en Perth, cuál fue la fallida misión de Danton, que terminó con su muerte… y quién era y dónde estaba una bella japonesa llamada Yoko Shindo… a la que Danton debió de amar, para ser su último recuerdo en la vida.

CAPÍTULO V

En una pantalla visora, un rostro oriental se expresaba con celeridad, tratando de exponer algo excitadamente. Hablaba en chino, que un traductor automático, acoplado al aparato, traducía al inglés. El almirante y Pierre escuchaban atentamente, en la pequeña cabina de control y de comunicaciones.

—...y puedo asegurarles que el prisionero Rocky Danton, tras el »lavado cerebral», fue conducido a la celda de los condenados a muerte, donde esperó su sentencia, y no hemos recibido informe alguno que niegue o ponga en duda su muerte, a manos del pelotón de fusilamiento, como es de rigor — decía el oriental con energía.

—Imposible —cortó el almirante—. Danton está aquí ahora, en Perth. Es la misma persona, no hay duda sobre eso, puesto que amistades suyas muy íntimas le han reconocido como tal. ¿Qué puede significar esto?

El rostro del chino reveló estupor. Indeciso, pareció volverse a alguien, que quedaba fuera de la pantalla del fono-visor intercontinental. Cuando se volvió, la imagen en color de su rostro reveló cierta palidez.

Esperen. Los sistemas de comunicación no han recibido ningún nuevo informe desde Shanghai. Espero que todo esté bien, pero para confirmarlo, llamaremos a Shanghai. No se retiren.

Pierre Dubois, el almirante Shato y dos japoneses de uniforme, sin graduación, permanecían frente a la pantalla, muy atentos. Hablaron entre sí, cuchicheantes.

Yo sonreí desde mi refugio en el corredor angosto del platillo submarino, junto al acceso circular a la cabina de comunicaciones. Aquello me divertía cada vez más. Estaba seguro de que los asustados chinos que me vieron escapar en su aeronave, ni siquiera se atrevieron a informar del suceso al Alto Mando, y ahora se verían ante un serio problema, cuando tuvieran que dar cuenta de lo que sucedió en la fortaleza cercana a Shanghai.

La dotación del platillo parecía muy reducida. Dadas las dimensiones de la pequeña nave submarina, estaba seguro de que no habría más de cuatro hombres al mando del almirante Shato.

Dos, estaban allí dentro, con él y con Pierre. ¿Dónde andarían los otros metidos, si es que realmente existían a bordo? No me

preocupaba mucho aquello. Ocurriese lo que ocurriese, yo no coma peligro alguno. El pequeño, invisible y travieso Zen, era demasiado para todos ellos.

Súbitamente, la pantalla se iluminó de nuevo. El chino reapareció, consternado. Leyó un texto con voz ronca:

—Según el informe confidencial que acabamos de recibir de Shanghai... algo insólito sucedió en la fortaleza, tras el fusilamiento de Rocky Danton — explicó.

—¡Vamos, pronto, diga lo que sea! — se enfureció el almirante —. ¿Qué pudo suceder?

—Sabía que algo sucedía —sostuvo Pierre, furioso. Ojalá no sea nada irreparable...

—Según los informes de Shanghai... — carraspeó el chino, asustado, sin saber qué hacer. Miró angustiado hacia sus interlocutores, a través de la pantalla del fono-visor—. Bueno, resulta duro de creer...

Acabemos —cortó Fierre—. ¿Qué es ello?

—Pues... el reo fue fusilado. Y el oficial de tumo le descargó el tiro de gracia en la sien. El doctor Huang, médico forense, dictaminó la muerte definitiva del reo, y éste pasó a la Morgue, para su posterior inhumación.

—Algo funcionó mal en esos trámites, ¿no? dijo sarcástico el almirante.

Aparentemente, no. Nada funcionó mal. El doctor Huang insiste en que Danton era cadáver. En suma, no puede ser que esté vivo.

—¡Pero lo está! — aulló Pierre, exaltado.

—En efecto — el chino miró serenamente desde la pantalla de color y estereoscopia—. Los informes de Shanghai añaden que, pese a todo, Rocky Danton está vivo.

—Por todos los hijos del celeste imperio, termine de una vez ese informe — rugió el almirante Shato —. No perdamos más tiempo. ¿Vive Danton o no vive? ¿Qué sucedió exactamente en la fortaleza, según sus datos?

—Sucedió que... que todos pudieron ver salir al propio Danton redivivo, sin huellas siquiera de heridas, sin ser afectado por nuevos disparos, ni siquiera de cargas explosivas, desviadas fácilmente de su persona, y que... que secuestró una nave militar superveloz, de vuelo estratosférico, y que... que desapareció en el espacio, junto con la nave... — resopló finalmente el chino de la pantalla televisora, remachando con alivio—: ¡y desaparecieron ambos, sin volver a ser

vistos! En cuerpo, en la Morgue, ya no estaba... Es todo, señor.

—Es todo... —se estremeció el almirante, lívido—. Dicen que es todo... ¡como si no fuera nada! Ejecutan a un reo, le dan por muerto, escapa de la Morgue, se lleva una nave superveloz... ¡y es todo! Europeo, ¿tú entiendes esto?

—Ni de lejos — jadeó el hermanastro de Corinne, estupefacto — Alguien se equivocó en toda esa historia.

—Seguro. Y no fue Danton, que tu afirmas que está vivo, y así parece ser. Tenemos que darle caza, europeo. Como sea. Danton sabe demasiado para vivir. Incluso con su memoria borrada, un día puede recordar... Además, es muy listo un mal enemigo—. ¿Seguro que no sospecha de ti?

—Seguro — afirmó Pierre—. No hay motivo para ello. Él no puede imaginarme, ni de le los mezclado con vosotros.

"Espero que tú tampoco te equivoques, europeo — masculló el oriental, irritado. Pegó un seco taconazo en el suelo—. Ahora, intentaremos saber qué diablos sucedió... y recuperar a Danton. Esta vez, para que no escape bajo ningún concepto. Nos aseguraremos debidamente de su muerte. Si llegase a recordar lo relativo a Yoko Shindo, o a la fortaleza, o al secreto del profesor Shindo... sería funesto para nosotros. Y para el curso de esta guerra que estamos a punto de ganar.

Yo estaba escuchándoles muy atento. Pero no tanto que no advirtiera los pasos sigilosos, cautos a mis espaldas. Luego, de repente, algo golpeó mí cráneo violentamente, y...

Bueno, quiero decir el cráneo de Rocky Danton. Ellos esperaban derribarme con este golpe, lo leí en sus mentes inmediatamente. Uno lanzó a la vez un grito ronco de aviso, y tanto Pierre como el Almirante Shato, se volvieron hacia mí con sobresalto.

Como lo lógico es que el auténtico Danton, o cualquier otro ser humanoide, se viniera abajo con aquel seco golpe en mi occipital, yo me apresuré a complacerles, y me dejé caer en el acto, aparatosamente, exhalando un gemido y representando la escena como un consumado actor de la Tierra.

Me quedé inmóvil, boca arriba, con los párpados cerrados. Pero yo, naturalmente, podía *ver* con igual facilidad a través de las delgadas membranas de esos párpados, desde el interior de aquel humano cerebro que ocupaba. Y es lo que hice gustosamente cuando Pierre, el almirante y los demás, se inclinaron sobre mí, rodeándome, mientras uno de ellos aseguraba con voz rotunda:

—Estaba espiando dentro de esta nave... Menos mal que le sorprendimos a tiempo...

—Bien... Esta vez Danton no va a tener fácil escapatoria. Espósenle inmediatamente, y enciérrenlo en el tubo de los torpedos, hasta ser interrogado, bajo los efectos de una droga adecuada.

Pierre Dubois no daba crédito a sus ojos.

—Parece imposible... —murmuró—. Danton aquí, espiándonos... ¿Quién hubiera podido imaginarlo?

—Tú rio, desde luego —le reprendió con sarcasmo Shato—. Como verás, él sí sospechaba de ti... Sólo espero que esta vez, no pueda evadirse de nosotros. Haremos las cosas mejor que en la fortaleza china, estate seguro.

—Pero ¿resultará el interrogatorio?

—Tiene que resultar. Mi país acaba de crear la más moderna de las drogas o sueros de la verdad. Actúan sobre la mente directamente, y obligan al paciente a decir la verdad absoluta, sin influencia de su voluntad, que queda anulada. No hay cerebro capaz de soportar esa droga, te lo aseguro, europeo...

Me reí, allá dentro de la bóveda craneana de Rocky Danton, pero ellos no podían oírme porque era una risa a mi estilo, como puede reír un ser que es puro cerebro, inteligencia viva pero invisible.

La droga de la verdad, sería para *todos* los cerebros. No había ninguno capaz de soportarla.

Pero ellos se referían, claro está, a cerebros humanos.

Y yo soy Zen. Y Zen... no es humano.

* * *

Era muy laborioso, la verdad.

A través de los cerrados párpados de Danton, que me servían de visor desde su mente, veía cómo manipulaban, cómo preparaban unas cápsulas en un líquido gelatinoso, que hervía sobre un recipiente. Luego, la mezcla era enfriada automáticamente e introducida en una ampolla de vidrio. La jeringuilla hipodérmica actuaba luego, inyectando aquella solución justamente en mi nuca, bajo el cerebelo.

Sentí llegar al cerebro muerto e inmóvil del pobre Danton, aquella oleada de impulsos químicos, capaces sin duda alguna de provocar una difícil reacción mental, que bloqueaba la voluntad, para excitar el deseo de decir la verdad, de ser sincero a ultranza.

Danton o cualquier otro, hubiese hablado sin duda, forzado por

ese suero poderoso, que le anularía todo impulso, convirtiéndole en un autómata. Pero Danton no existe. Existo yo, Zen. Y a mí no me anula nada ni nadie en este planeta. Sería ridículo.

Creo que voy a divertirme más de lo que imaginé, ante los esfuerzos de estos individuos por anularme y destruirme. No saben con quién topan. Claro que si lo supieran, se volverían locos, posiblemente...

Locos. Eso es lo que voy a intentar volverlos. Locos de remate. Cuando no entiendan, cuando todo resulte absurdo y contra toda lógica, empezarán a vacilar, a aturdirse, a no saber que sucede... De eso a la inquietud, al miedo, a la exasperación, hay un paso. Y de ahí a una pérdida del control nervioso, de la serenidad, del buen juicio... hay otro. Finalmente, la demencia.

Sería una buena venganza, ¿verdad, amigo Danton? Una gran venganza, digo yo.

Me habían tendido en una especie de plataforma magnética, suspendido en el vacío de una cámara especial para interrogatorios. Me rodeaban Shato, Pierre, los hombres de uniforme azul... Y parecía que esperaban a alguien más.

Comenzó Pierre, impaciente, sus preguntas, inclinándose sobre mí, anhelante el tono:

Danton... Danton, ¿me escuchas? —preguntó.

Sí, Pierre... —respondí—. Te escucho...

—Sabes quién soy, ¿verdad?

Lo sé. Eres Pierre, Pierre Dubois, hermanastro de Corinne. ¡Corinne!—repetí, muy en mi papel.

—¿Tú sabes que yo soy espía, que soy un traidor? — preguntó.

Sonreí interiormente, allá en mi reducto del cráneo de Rocky. Empezaba la diversión.

—Si — dije —. Sé que eres un cerdo. Lo fuiste siempre, Pierre.

Un respingo de sorpresa. Se miraron ambos. Shato esbozó una mueca burlona y me miró casi con simpatía. En el fondo pensaba igual que yo, sin duda. Pero algo le irritaba.

—Si el suero funciona — dijo —, es que antes no se le borró debidamente lo que sabía. No funcionó bien el sistema de anulación de memoria...

—Es... es evidente... —ronca la voz, Pierre me contemplaba con ira. Apretó sus dientes, para proseguir, haciendo un esfuerzo por no golpear a su inmóvil víctima—: ¿Cómo sabes que yo traiciono a Occidente? Si lo supiste antes, se te borró en China. No podías

recordarlo, Danton.

—A un sucio traidor y renegado como tú, se le recuerda siempre — dije, despectivo.

—¡Danton, si sigues hablando así te voy a...! — se irguió colérico, para golpearme.

Calma, calma — cortó burlón el japonés, y esbozó una sonrisa al añadir—. Después de todo, él está diciendo la verdad... porque está bajo los efectos de la droga, entiéndalo.

Fierre le miró, irritado. No muy convencido, se inclinó hacia mí otra vez:

—Habla, Danton. Di la verdad: ¿qué sucedió en la fortaleza china?

—Me ejecutaron — dije—. Luego, resucité. Y aquí estoy, bastardo.

Pierre se dominó con dificultad. Shato me contemplaba, ceñudo. Hizo un rápido gesto a Fierre Dubois, y se ocupó él del interrogatorio:

—Danton, ¿por qué dice eso? Nadie resucita una vez muerto. ¿Qué sucedió? ¿Le dieron por muerto sin estarlo... o alguien le ayudó a una farsa para escapar?

Eso estaba bien. Una ocasión ideal para complicar las cosas. Dije con calma:

—Claro, almirante. Nadie resucita, usted lo dijo. Me salvaron. Fingieron mi muerte, me sacaron como a un cadáver... Como aquí hay blancos corrompidos y sucios, que se venden a Oriente, entre ustedes hay amarillos que por dinero hacen lo que sea...

—Muy bien — los ojos de Shato brillaban.

Ya estamos llegando a algo concreto. Hay traidores en la fortaleza de Sunkiang, ¿no es cierto?

—Los hay — asentí.

—¿Quiénes son? —preguntó él vivamente. ¡Pronto, sus nombres!

Yo no los sabía, pero podía claramente leerlos en la mente del japonés. Sin duda los que él detestaba, sus rivales en el mando y cosas así. Me limité a recitarlos, por el orden en que los pensaba, para mi regocijo y su estupor y admiración:

—Coronel Yeng... Mariscal Ling Fao... Capitán Chan... Teniente Pong y sargentos Yang Lo y Tsu Chei... Todos ellos, almirante, confabulados para ayudar a Occidente, para traicionar a la causa chino-japonesa-oriental.

—¡Lo sospechaba, lo temía! —rugió el almirante—. ¡Los muy perros, los cerdos traidores!

Pero almirante, son gente conocida, importante, destacada... — protestó Pierre, mirándome con recelo—. ¿Es seguro que son?

—¿Traidores? —la luz del triunfo asomó a los almendrados ojos del almirante japonés —. ¡Son sucios chinos sin derecho a tener mando ni con— fianza! ¡Se venden por unos millones, y destruyen la causa! ¡Japón y nuestros soldados y jefes, deben ser quienes dirijan al mundo oriental, no esos locos chinos de Li Chou Yen, que no conocen otro ideal que el dinero y la comodidad!

—¿Qué... qué se puede hacer para...?

—Acusarles, naturalmente. Acusarles ante la Comisión de Disciplina de Oriente. Tú, europeo, oíste lo que yo. Danton les acusó, tras ser liberado por ellos, perros traidores sin conciencia... Ahora ya sabemos algo, amigo. Danton, sigue. Ellos... ellos no te efectuaron el debido «lavado de cerebro» tampoco, ¿no es cierto?

—Bien cierto — dije, con toda frialdad—. En todo me ayudaron.

—Para que volvieses a Perth... y desenmascarases a los agentes de Oriente, a Pierre Dubois... y a su hermanastra Corinne, *¿es cierto?*

Esto sí que era inesperado. Por completo. Me quedé perplejo un momento, pero a través de los párpados cerrados de Danton, vi aparecer en la puerta de la cámara, justamente a la persona que ellos habían estado esperando hasta entonces: ¡Corinne!

Venía vestida con ropas de hombre, que realzaban su espléndida, hermosa figura. Traía una fría, helada expresión de odio, y me contempló con una dureza implacable. En su mano llevaba un arma, un tubo de metal anodizado, color oro. Lo identifiqué gracias a mi visión superior de las cosas: un proyector de cargas térmicas, capaces de abrasar el cuerpo de Danton o de cualquier otros, bien parcialmente, bien por completo.

Esperaba mi respuesta. Pierre miró a su hermanastra, y el almirante Shato sonrió cortés inclinándose con la ceremonia habitual en los japoneses.

—Sí —dije—. Vine para eso. Fingí amor a esa víbora asquerosa de Corinne, a esa perra bastarda a quien detesto como a su propio hermanastro, y a quienes espero ver pronto ante una pared de fusilamiento... pero ahora sin trucos, sin escapatorias para ellos.

—¡Miserable! — chilló ella, furiosa.

Y antes de que nadie pudiera evitarlo, disparó contra mí, contra el cuerpo tendido e inerte de Rocky Danton.

¡No Corinne! — le gritó en vano Pierre, llegando tarde a impedirlo.

—¡Jovencita, no haga eso! —rugió el almirante, también demasiado tardío.

La carga térmica de su arma alcanzó el cuerpo de Danton de lleno, sobre su torso. Sentí los impulsos del dolor físico, aguijoneándome, y rápidamente me desligué del cerebro de Danton, para evitar la molesta sensación. Floté, aislado, descubriendo que el destrozo era horrible en él torso de Rocky, cuya caja torácica era ahora una ancha mancha negra, carbonizada, con las ropas abrasadas, humeantes, y llamas nauseabundas saliendo de la carne quemada por el impacto.

Ella se dispuso a disparar de nuevo, pero Pierre le quitó el arma de un tirón.

No debió hacerlo — acusó con aspereza el japonés—. Era un testigo necesario para hundir a muchos traidores en China… Y aún nos hubiera revelado más cosas, de no mediar su desdichada acción…

Ese canalla vino a burlarse, a tendernos una trampa a Pierre y a mí… — silabeó ella, con ira—. No le perdono eso… Yo estaba dispuesta incluso a pedir su perdón, a rogar que no intentaran sacrificar de nuevo su vida, sólo porque esta vez… esta vez él se mostró más amoroso y apasionado que nunca conmigo, y logró fascinarme con su comportamiento…

«Vaya», pensé, divertido. «Tuve un éxito como amante humano… ¡Qué cosas!».

—Corinne, no vengas ahora con todo eso — la replicó Pierre—. Tú fuiste tan dura con él como yo mismo, cuando la primera vez informamos de su llegada a los agentes de China, y se le dispuso la trampa de muerte. Él supo sin duda alguna que éramos sus delatores, y por eso en prevención de cualquier fuga audaz, sabida la capacidad de lucha de Danton, se le hizo un borrado de la memoria que, sin embargo, parece ser que no se realizó, por motivos que no comprendo, y él vino a Perth, sabiendo de qué pie cojeábamos los dos…

«Palabra que ella me engañó», me dije a mí mismo. «No sé cómo, pero lo hizo. Es posible que ella posea un gran dominio de su mente, y procurase siempre *no pensar* en sus auténticas intenciones y actividades, o, confiado, ni siquiera lo advertí. Malo. He tenido un fallo. Cosa insólita en Zen. Otra vez, ve con cuidado. Evidentemente, algo se contagia siempre de la humana imperfección. Tendré que afinar mi agudeza en lo sucesivo…».

—Yo no me delaté nunca — replicó ella, corroborando mis propias deducciones—. Procuré no pensar en nada, no dejarme sorprender, por si era cierta esa sensación que a veces tenía de que Danton… era telépata.

—Tenía que serlo —apoyó Pierre—. Lo noté esta vez más que

nunca. Tuve que hacer un verdadero esfuerzo terrible, para que no leyera mentalmente en mí. ¡Cielos, qué fuerte traía su mente al volver de China! ¿No sería posible que esos traidores de la fortaleza, llegaran al extremo de dotarle de alguna facultad superior, gracias a una droga o intervención quirúrgica en su mente, que le diese un desarrollo especial?

—Pudiera ser, pero nunca lo sabremos —suspiró Shato, contemplando el cuerpo de Danton con cierta desilusión. Ahora, su mirada de soslayo a Corinne tensa—. Por culpa de la apasionada torpeza de la señorita, hemos perdido la posibilidad de interrogar a fondo a nuestro prisionero. Danton está muerto.

Fierre no comentó nada. En vez de eso, llegó hasta el cuerpo. Se inclinó, examinándolo minuciosamente. Luego, se incorporó, con un suspiro.

—Sí —convino—. Esta vez, sí. Quería estar totalmente seguro, por mí mismo.

—La carga térmica destrozó su tórax completo — dijo Corinne, nerviosa—. Nadie sobrevive a eso, Pierre.

—Incluso así, será mejor comprobarlo — sonrió melosamente el japonés —. Con el señor Danton ya no nos fiamos de nada… Ahora, vamos a deshacernos de ese cadáver que de nada nos sirve.

—¿Cómo? — indagó ella.

—Por el mejor procedimiento… —Shato hizo un gesto de resignación —. Metido en un tubo metálico, que servirá de lastre, será impulsado por el lanzatorpedos. Irá al fondo del mar, para no volver jamás… Esta vez, definitivamente.

Sonreí, en mi escondrijo del cerebro de Dan— ton. Iba a darles otra pequeña sorpresa. Y ya me divertía pensar en ella, cuando el cuerpo destrozado de Danton, fue introducido en, un tubo lanzatorpedos, tras Haberle encerrado en una especie de cilindro hermético, con la forma de un proyectil. Yo iba dentro. No necesitaba aire, ni salida alguna para abandonar aquel incómodo lugar en que yacía con mi amigo Danton.

Llegado el momento, lo haría. Y ese momento sería cuando, disparado por el lanzatorpedos de a bordo, el proyectil alcanzase el fondo…

Entonces, nuevamente, Rocky Danton tendría su segunda oportunidad para sobrevivir y volver al mundo.

Pero para eso no había prisa. Primero, abandonaría el cuerpo en que tan a gusto me encontraba, para volar en pos de la nave

submarina, hacia su actual destino. Para mí, Zen, en mi estructura normal, etérea e invisible, capaz de desplazarme a velocidad inconcebible para los seres sólidos, eso sería como un juego de niños...

Nos dispararon desde la nave submarina. Caímos al fondo, pesadamente. Me evadí, dejando caer, lentamente, entre rocas y espesa vegetación, el tubo metálico con el cuerpo de Rocky Danton.

Me despedí de él, antes de remontarme, en pos de la nave plateada.

—¡Hasta pronto, mi cuerpo amigo! No tardaré en volver por ti...

Y..., ascendí.

CAPÍTULO VI

La velocidad del disco submarino hubiese horrorizado a un ciudadano terrestre de veinte años atrás. Las turbinas iónicas que, para mi concepto eran de una lentitud desesperante, eran para la Tierra fuentes vertiginosas de energía. La nave del almirante Shato tardó exactamente tres horas en cubrir la distancia submarina entre la costa australiana y la de China.

Luego, una vez en Shanghai, los hermanastros Dubois y el almirante Shato, tomaron un aero-turbo que les conduciría en pocos minutos de vuelo estratosférico, hasta la fortaleza militar de Sungkiang.

Naturalmente, no podían ni imaginar que el travieso Zen, a paso de tortuga, les ganaba la delantera sin esfuerzo, y esperaba ya, sobrevolando la fortaleza donde viera morir fusilado a Rocky Danton, a poco de mi llegada al planeta Tierra, o S-3 del Sistema Solar 189.562, de la Galaxia B-1.137 o Vía Láctea.

Fue divertido asistir a la escena que se desarrolló allí dentro. El almirante Shato, con un cuerpo de tropa japonés, se entrevistó con el general Tao Pai, segundo jefe del comandante en jefe de las fuerzas chinas en guerra, Wong, hombre de confianza a su vez del Gran Emperador de la Nueva China Imperial, Lo Chou Yen.

De esa entrevista, salió el interrogatorio y depuración de los más importantes jefes chinos de la fortaleza, que fueron inmediatamente enviados a prisión, ante su asombro sin límites, y su exasperada e inútil defensa, acusados de colaborar con el enemigo y haber facilitado la fuga de Rocky Danton.

Teniendo en cuenta que todos ellos fueron los verdugos de Rocky, no me causó gran remordimiento verles ir hacia las celdas, a la espera de su ejecución sumarísima. Mi estratagema era cruel, pero ellos también eran crueles, despiadados... y provocaban una guerra feroz, sangrienta y terrible, que podía costar aún muchos millones de vidas. Cuanto se hiciera para minar aquella fuerza terrible del Oriente unido, sería poco, si con ello un día se facilitaba la paz mundial. Y de eso, estaba yo convencido. No me iría del planeta Tierra, sin dejar las cosas arregladas para una paz duradera, que reconstruyese un mundo en caos total.

Terminado el lance, Shato y los dos australiano-franceses, salieron

de la fortaleza, y yo supuse que regresaban a Australia, porque volvieron a Shanghai, para tomar de nuevo el disco submarino.

Hubo sorpresa. Y agradable para mí.

El submarino se encaminó, bajo el mar, en dirección nordeste. Hacia las islas del Japón.

Antes de llegar a ellas, a la altura de Khyushu, el submarino descendió más y más en la profundidad del mar, hasta alcanzar un nivel de hondura fantástico. Les seguí sin dificultad. Para mí, espacio o mar era igual. Mi materia viviente, mí energía pura y mental, se desplazaba a través de cualquier materia o sustancia con igual facilidad.

De este modo, siempre en pos de ellos, alcancé el increíble refugio submarino, el lugar donde se alzaba una enorme masa metálica, en forma de hemiesfera, surgiendo del fondo rocoso del mar, a cientos y cientos de yardas de profundidad en el Mar de China…

Pronto supe lo que era. La mente de Shato me transmitió el informe:

—Estamos ya en *Submarineland.* Ése es el más fantástico refugio de todos los tiempos, la superfortaleza submarina que puede soportar incluso un caos mundial atómico, la destrucción total de la Tierra, sin que penetre en ella ni una sola radiación peligrosa… Es la superfortaleza del Alto Mando Japonés en la guerra Oriente-Occidente…

Y ciertamente, parecía ser todo lo que él decía. Tuve que estar de acuerdo con el almirante Shato.

* * *

Ellos entraron en *Submarineland* por los accesos naturales secretos que ya poseían para alcanzar el interior del refugio colosal, edificado en las profundidades.

Yo no necesitaba esperar tanto. Utilicé mis propios medios.

Para una masa infinitamente pequeña e infinitamente poderosa de energía activa, todo es posible en un planeta como la Tierra. La caparazón hermética de la Base sumergida, era incapaz de ser atravesada por la energía nuclear, pero no por la energía cósmica.

Llegué hasta el interior, y floté juguetonamente por encima de corredores, militares nipones armados celosamente y con uniformes especiales, de un material plástico translúcido, brillante y polícromo. Todas las puertas y accesos estaban celosamente vigiladas, y se

accionaban por complicados sistemas electrónicos, manejados por un gran computador central que tenía programadas todas las" claves para abrir y cerrar cualquier puerta interior.

Posiblemente el mayor descubrimiento que un espía podía realizar lo había hecho yo del modo más simple posible. Le gustaría a Occidente saber que existía algo así bajo el mar, pero yo no iba tampoco a mediar en la guerra poniéndome de parte de nadie para causar víctimas. Si estaba junto a Danton, es porque estaba seguro de que así prestaba un servicio a aquellas gentes que se mataban estúpidamente entre sí, y a las que terminarían por morir, si, de un modo u otro, no se cortaba radicalmente aquella guerra atroz y absurda.

Ya sabía algunas cosas sobre el pasado de Danton, inmediato a su muerte. Se le habían borrado recuerdos para que olvidase que Pierre y Corinne eran dos traidores vendidos al enemigo oriental. Se le habían borrado otros recuerdos, sin embargo, relacionados con una bella japonesa llamada Yoko Shindo, y eso no estaba ya tan claro.

Me moví diestramente, pasando entre gentes, maquinarias, computadores y ojos electrónicos, sin que ningún sistema de alarma funcionase. Era lógico. Lo sorprendente hubiera sido lo contrario. Mi materia invisible, energética, no podía dejar huella alguna de su paso por los lugares de más compleja vigilancia, por la sencilla razón de que, además de no ser visible, no era tampoco palpable, ni tenía forma alguna.

Concentré mi mente en una idea. Una sola, fija y obsesiva. ¿Había allí prisioneros?

De alguna parte me llegó inmediatamente la respuesta:

«Sí».

Traté de ahondar en eso. Manejé mi energía mental a voluntad, y en la distancia capté una imagen familiar. El rostro de Yoko...

¡Yoko!

Era más de lo que podía imaginar. Yoko estaba allí. Yoko estaba cerca. En alguna parte, *dentro* de la Base sumergida.

Me apresuré. Y cuando yo me apresuro, significa algo. En un ente capaz de trasladarse entre galaxias en un breve espacio de tiempo, creo que un apresuramiento es algo serio, digno de tomarse en cuenta.

En un relampagueo, prácticamente, me encontré en la cámara de los prisioneros.

Y vi a Yoko Shindo, al fin. En persona. Tal como ella era.

* * *

Realmente hermosa, eso sí.

Parecía hecha en porcelana, pura y deliciosa. Como una obra de arte nipona, mezcla exquisita de sensibilidad, gracia, feminidad, inteligencia y belleza.

Así era Yoko Shindo, la mujer cuya imagen acompañó a Rocky Danton en su último momento vital, cuando era todavía Rocky Danton, y no el envoltorio humano de un travieso forastero en el planeta Tierra.

Floté junto a ella, sin que, naturalmente, la japonesa captase cosa alguna especial en aquel recinto que compartía con otros dos europeos, jóvenes y atléticos como Danton, y con un hombre de raza amarilla también, de rostro rugoso, notablemente parecido al de Yoko. Supe que, además de ser japonés también, era el padre de Yoko. Mi lectura de su mente me dio su identidad real: profesor Hidoru Shindo, técnico en defensas magnéticas, de gran poder de resistencia contra cualquier tipo de arma agresiva.

Parecían bien cuidados, en un compartimento metálico, frío y aséptico, en el que sin embargo disfrutaban de un sistema de estéreo-televisión, posiblemente con programas controlados por sus secuestradores, para evitar que conocieran información no conveniente, procedente del exterior.

Yoko tenía expresión de tristeza, su padre de preocupación. Los dos occidentales, no se mostraban tampoco demasiado animados. Supe que uno era inglés, y el otro francés, ambos agentes de algo, de ciertas entidades internacionales de su país, con representación especial en el Centro de Naciones de Occidente.

Traté de «leer» los pensamientos de Yoko. No era difícil. Tenía una mente clara, diáfana como un cristal. Estaba pensando. Pensando en un hombre: Rocky Danton.

Ella ignoraba que él estaba muerto. Pensaba en él como en alguien que, de un momento a otro iba a regresar. Y, lo que era más extraño, su imagen la tenía moldeada muy intensamente. No porque pensara mucho en él, sino porque parecía haberle visto hacía poco tiempo. Como no fuese en sueños, no entendía yo de qué modo pudo ver ella a Danton en las últimas horas.

—Estoy harto — dijo de repente el inglés con aspereza.

Todos se volvieron a mirarle, igual que si hubiera sonado un estampido dentro de la cámara. Sus nervios estaban tensos, era obvio.

La más pequeña alteración, los conmovía notablemente.

—¿Harto? —replicó el agente francés, con ironía—. Pues le recomiendo paciencia. No es fácil que nos saquen pronto de aquí, dondequiera que estemos...

De modo que posiblemente ignoraban el sitio en que se hallaban encerrados, pensé. De cualquier modo, el saberlo no haría sino contribuir a su claustrofobia en aquel recinto.

—Si se pudiera intentar algo para deshacernos de esa gente y poder huir, ver de nuevo el sol, la vida...

—La vida... —repitió tristemente Yoko—. ¿Qué vida, amigos? ¿La que discurre en la superficie de nuestro planeta, con esa guerra espantosa y aniquiladora? ¿Qué sol? ¿El que cubre las nubes radiactivas que van proliferando por doquier?

—Todavía sería tiempo de salvar algo de nuestro pobre planeta, si terminase ya la contienda — señaló Hidoru Shindo gravemente—. Pero eso no creo que vaya a suceder inmediatamente, de modo que...

—Es inútil lamentarse —sostuvo ella, muy serena. No conduce a nada, salvo a sentirnos todavía más desesperados...

—Tiene razón mi hija — afirmó el sabio japonés. Todos sabemos lo que sucederá si esta guerra continúa. Yo expuse ya mi preocupación a las fuerzas militares y políticas de Oriente. Las defensas son insuficientes, para utilizar la potencia del arma que hemos creado inicialmente. No sólo destruiremos a Occidente en pleno... sino que de nuestra propia raza no quedarán mucho supervivientes, y arrasaremos ciudades y regiones enteras de China, Japón y cualquier otro país. ¿Para qué? Sólo para tener el placer de destruir al enemigo, al precio de pagar nosotros una vida por cada dos perdidas en el bando adversario, o quizás a veces en igualdad exacta de bajas. ¿Se imaginan si eso lo supieran las poblaciones, las gentes de todos los países orientales y occidentales en guerra? Harían un esfuerzo supremo, terminarían la guerra... y creo que nuestros pueblos hermanos, hartos de sufrir el engaño, sabiendo que en cualquier momento podrían morir aniquilados por nuestras propias manos, sacrificados brutalmente cara a un éxito total y definitivo, que a nosotros mismos nos dejaría espantosamente diezmados. Ese secreto llegamos a conocerlo mi hija Yoko y yo. ¿Y qué ha sucedido? Que la Seguridad Nacional nos ha internado, para que nadie pueda haber lo que nosotros sabemos...

Enmudeció el científico japonés. Asombrado, me pregunté qué podría yo hacer para emitir a todo el mundo la noticia, y provocar así

la rebeldía de los orientales, que daría por resultado inmediato el fin de la conflagración mundial.

Antes de tomar decisión alguna en este sentido, resolví esperar, seguir entre aquellas personas para saber, por medio de ellas, todo lo que podía averiguarse, de una cierta trascendencia cara a mi misión futura.

Seguía intrigándome la relación Yoko-Danton. ¿Cuál era? Intenté hurgar en la mente de ella, pero solamente descubrí su insistencia en pensar en él, sus sentimientos hacia el joven americano muerto.

Cuando supiera la amarga verdad, iba a llevarse un disgusto, pero me dije que eso no estaba en mi mano evitarlo. Incluso un ser galáctico, como yo, tiene sus facultades limitadas. Podía ocupar el cuerpo de Danton, pero no podía resucitarle. Ni a él, ni a nadie que estuviese realmente muerto.

Repentinamente, sonó un zumbido en la puerta de la celda metálica. Se irguieron todos, mirando hacia allá. Había cierta indiferencia en todos los rostros, excepto en el de Yoko, cuyos pensamientos capté.

Ella confiaba en que ahora, al abrirse la puerta... entraría Rocky Danton en persona, para reunirse de nuevo con ella. ¡Pobre muchacha!

Se deslizó un panel metálico en el muro, con un leve zumbido apagado. Aparecieron dos soldados japoneses uniformados, con armas en bandolera, abriendo paso a alguien.

—Atrás — ordenaron secos—. Entren el prisionero enseguida y usted, profesor Shindo venga con nosotros.

—¡No! —gimió Yoko, irguiéndose ¿Qué pretenden hacerle ahora? ¿Adónde lo llevan? Señorita Shindo, no tiene nada que temer —le respondió uno de los militares— Ya en otras ocasiones mi padre fue interrogado sin que ello significase mal trato alguno. Volverá tan pronto haya respondido a unas preguntas—. Ahora, que pase el otro prisionero.

Se hicieron a un lado, tras recoger al profesor, que salió con ellos, dirigiendo antes una patética mirada a su hija Yoko. Ésta se mordió los labios. Luego, con cierto consuelo, sus almendrados ojillos se animaron al alzar la cabeza y fijarse en el que regresaba a la celda.

Gracias a Dios que te hicieron regresar, dijo en inglés—. Siempre que te alejas de mi temo lo peor, en manos de esos monstruos...

Por primera vez me sentí desconcertado confuso y hecho un buen lío, cuando reconocí al prisionero.

Era imposible. No podía ser. Pero lo estaba viendo allí ahora mismo.

¡Rocky Danton en persona!

CAPÍTULO VII

Danton…

No, no era posible.

Floté por la cámara, convertido en un ser galáctico ligeramente estúpido y sin razonar debidamente. Toda mi brillante mentalidad, de golpe, había sido vapuleada por un fenómeno terrestre inexplicable.

Danton no sólo había muerto ya, sino que su cadáver estaba a mucha profundidad en el mar, esperando a que yo acudiese a recogerlo y ocupar su mente, como había hecho hasta entonces.

Y he aquí que de súbito, Rocky Danton estaba allí. Delante mío, lleno de vida, sin la menor diferencia con el cuerpo y el rostro que yo tan bien conocía… Prisionero de los japoneses, en su Base sumergida. Y tomando ahora en sus brazos a Yoko, a quien hablaba dulcemente, con la voz exacta de Danton, que yo recordaba muy bien:

—No temas nada, Yoko —decía— Estoy seguro de que esta pesadilla terminara pronto, A tu padre no le harán ningún daño. En cuanto a nosotros, ¿qué, Rocky? —murmuró Yoko angustiado el gesto de bella figura de porcelana— Todos somos víctimas de este horror. Nuestro país que no quería en modo alguno ser mezclado en esta lucha, se vio arrastrado por sus pasos con otros países de Asia, y bien por el fanatismo de sus nuevos dirigentes en China. Pero estoy convencida de que nuestros pueblos no desean esto, no quieren morir torpemente, en plena calle. No desean ser sacrificados por intereses egoístas de sus rectores… sin embargo, Rocky… tú lo ves. Presentan eso como una lucha entre dos razas cuando en verdad, ni una ni otra desea de verdad que esto ocurriendo.

Cálmate Yoko — sonrió Danton — Todo se arreglará antes de que el fin se precipite, lo sé. Debes confiar en mí. Debes confiar en que algo nos salga bien y podamos abandonar este maldito recinto.

Mi curiosidad acababa de ser satisfecha.

Me bastó asomarme al interior del cerebro de aquel Rocky Danton que hablaba tiernamente dando alientos a Yoko.

Entonces comprendí la verdad. La sencilla y ridícula verdad.

Aquel hombre *no era* Rocky Danton.

Sencillamente, era un «doble», un perfecto «sosias», pero nada más. Su cerebro era vulgar, sus pensamientos nada brillantes, y hurgando en su mente supe que había sufrido una intervención

quirúrgica facial, y de ahí su falsa semejanza con Danton. Cabello falso, tintes artificiales, cirugía y una serie de engaños hábiles.

Eso era Danton.

Pero ¿por qué y para qué? ¿Para ganarse la confianza de Yoko tal vez?

No dejaba de ser una posibilidad sumamente razonable. Tanto, que empecé a pensar que no podía haber otra razón. Por alguna causa, los orientales lanzaban una especie de muñeco un agente con apariencia física de Danton, para que Yoko confiase en él ciegamente, porque así confió siempre en Danton.

Aquel hombre había sido manipulado debidamente en todos los sentidos. Ni siquiera pensaba por sí mismo, sino por control de otras personas, a base de un sistema de sugestión a distancia, favorecido por ciertas innovaciones quirúrgicas en el interior de su cerebro.

Todo ello, convertía al tal Danton en un «robot» sin conciencia ni voluntad. Movido a voluntad, con aquella determinación misteriosa que yo sospechaba.

Obré con celeridad. Todo cuanto pudiera verse allí dentro, en la formidable Base sumergida, no me era absolutamente útil en nada. Era preferible marcharse, volver en busca de mi amigo Danton. Del verdadero Danton, quiero decir, tal y como lo dejé, abandonado en el fondo del océano.

Quizás en ese doble juego, pudiese dar una sorpresa desagradable a los agentes enemigos, que querían manejar a Yoko como instrumento de algo…

Decidido mi plan, abandoné la Base. Como al entrar, mi energía brotó de nuevo al mar, sin dificultad alguna. Y unos breves segundos me bastaron para regresar a donde estaba el cuerpo inerte de Danton, dentro del tubo de metal.

La descarga térmica del arma de Corinne, le había causado grave daño en su físico, pero mi energía regeneradora actuó en el acto.

De nuevo, Danton volvió a ser el mismo Danton, sin huella alguna de quemadura o de herida de ningún género. No podía penetrar en él, porque estábamos lejos, bastante lejos de la Base sumergida. Y a la velocidad de Rocky, en su normal aspecto humano, tardaríamos demasiado en llegar.

Resolví trasladar el cuerpo de Danton por medio de energía concentrada, a gran distancia. Una vez allí, lo materialicé de nuevo, junto con mi llegada al punto de destino, fuera de la forma de oscuro metal hermético.

Lo que Danton no podía hacer en modo alguno, era cruzar aquellos muros. Su físico impedía cualquier cosa. Tenía cuerpo, solidez, y eso lo hacía supeditarse a sus normales modos de comportamiento físico, aunque yo estuviera dentro de él.

Resolví dejar ese asunto para más adelante. Y opté por aguardar a un momento oportuno para penetrar en el secreto de los nipones.

Justamente entonces, vi salir de una de las invisibles, herméticas escotillas de salida del recinto, una especie de nave aérea y subacuática, que emergió a considerable velocidad, partiendo a través del océano, con un rumbo fijado de antemano.

Sorprendido, descubrí dentro a Yoko y a Rocky Danton. Al falso Danton, claro...

Había que admitir que algo fallaba. Ale estaban burlando con sucesos imprevisibles. No tenía lógica que ellos pudieran abandonar la Base tan fácilmente...

¿O tal vez sí?

Decididamente, utilicé mi energía vital, en toda su potencia. Descargué un foco de energía contra la nave, inmovilizándola. Se paralizó por completo en el mar. Yo, con mi inseparable cuerpo de Rocky Danton, me moví hacia ella. Subí a bordo. Abrí la escotilla e hice pasar a «mi» Danton, al verdadero.

Contemplé, irritado, al robot viviente que era aquel falso Danton. Me apresuré a lanzarlo por la portezuela al mar. Me subí al aero-sub, y me acomodé al lado de Yoko, tal como estaba el otro, el falso Danton, liberando la energía paralizante de la nave.

Continuó viaje el aerosub, conmigo a bordo.

Al lado de Yoko. Ella me miró, al reanudarse la marcha. Nada recordaba en realidad. No podía recordarlo, porque mi energía paralizó también su mente en ese momento, para que no tuviera noción de nada.

Yoko me miró con una luz distinta en sus ojos.

—Aún no comprendo cómo pudimos escapar de ahí, Rocky —manifestó con sorpresa.

De modo que era eso. Escapatoria. Falsa escapatoria, claro. El «doble» de Danton, enviado por los agentes enemigos, tenía alguna razón de ser. Su influencia sobre Yoko, su viaje actual, solos ambos, y como hubiera sido tan fácil huir de allí por algún medio que yo ignoraba, demostraban claramente que algo pretendían con la hija del profesor. Pero ¿qué?

Otra vez recordé a Danton, sus memorias Gorradas, relacionadas

con Yoko... ¿Qué significaba ella en aquel juego? Algo muy importante para Oriente, sin duda, cuando la utilizaban en aquel sucio truco de la fuga preparada...

—Ha sido providencial — dije, por boca de Danton, evasivamente —. Ahora, ya somos libres, Yoko. Tú y yo...

—Rocky, no podemos conformamos con esto, y tú lo sabes. Hemos de sacar a papá de ahí, hemos de intentar lo imposible, para que los pueblos se enteren de la verdad de lo que sucede... Cuando China, Japón, Birmania, Tailandia y los demás, sepan que van a perecer sus poblaciones, sacrificadas para ganar la guerra con el arma terrible que se prepara, ¿qué harán esos pueblos? Nadie quiere morir. Ellos serán los que cambien el curso de esta guerra, y el destino de la historia del mundo actual.

—Sí, es cierto — dije, mientras trataba de ver claro en todo aquello —. Pero nuestra voz es muy débil para tan gran empeño. A mí no me escucharan...

—Pero a mí, sí — afirmó ella, rotunda —. Claro que me escucharán, Rocky... Como hubieran escuchado a papá, si él lo hubiera realmente deseado.

—¿Cómo dices? ahora si revelé sorpresa y es porque estaba realmente sorprendido. No te comprendo, Yoko...

Ella me miraba con inteligente expresión, aguda y sensible.

—Rocky, no trates de disimular para confortarme. No me engañes. Sé la amarga verdad... — hubo repentinas lágrimas en sus ojos hermosos, levemente almendrados—. Rocky, yo sé... yo sé que mi padre... **desea esta guerra y el caos,** igual que todos los demás.

—¡Yoko! — exclamé.

—Lo supe siempre, aunque he procurado ocultárselo a él. Sé que le hicieron algo en la mente cuando fuimos hechos prisioneros. Le han amoldado a sus deseos, y él dará gustoso su colaboración al lanzamiento de ese arma, a la destrucción masiva. No dirá nada, porque a él sí le creerían...

—Yoko, entonces... dilo tú. Habla al mundo, ahora que estamos libres... — la apremié.

—Libres... —ella reveló temor en su mirada—. Pero ¿es que no temes algo, Rocky? ¿Crees que esta fuga tan simple no habrá sido preparada por ellos, e incluso con la colaboración de mi propio padre, a cuya mente de robot a su servicio, prácticamente no puede ya dolerle mi final? Yo me temo que nos enviaron en este vehículo para morir, no para salvarnos. Quizás fue una simple prueba, estúpidos de

nosotros... ¡Rocky, tal vez están escuchándonos y viéndonos ahora... y van a destruirnos, para que yo jamás hable y avise al mundo de lo que le acecha!

Diablo, eso sí que era verdad...

Inmediatamente supe que era lo cierto, que íbamos a bordo de una bomba destructora. Yo no me preocupaba por mí, sino por ella, por Yoko.

Rápidamente, me precipité sobre ella. Manejé los mandos violentamente, y proyecté en torno de los dos una esfera de energía magnética aislante. En ese momento, reventó la nave en mil pedazos, y nos vimos lanzados al aire, a través de oleadas furiosas del mar... pero dentro de la burbuja invisible, de energía magnética, que nos mantuvo a salvo de la aniquilación.

Conmovida por el impacto, Yoko perdió el sentido. Yo hice flotar la burbuja hasta una distancia prudencial. Allí descendimos suavemente, en una de las islas japonesas. Miré a Yoko, como dormida. Sonreí.

Ahora sabía ya la verdad. Ahora conocía la siniestra idea de los dirigentes orientales, del propio profesor Shindo, convertido en autómata al servicio de ellos. Yoko era retenida y aislada para que no tuviera ocasión de hablar, de exponer al mundo oriental la verdad de lo que se preparaba. Había que evitar la rebeldía de los pueblos amarillos a su propia extinción, y arrojar el arma que lo aniquilaría todo, menos los reductos de los principales dirigentes de Oriente.

Yoko estaba libre ahora. Yo me ocuparía de lo demás. Mi fuerza era suficiente. Haría que el mundo entero oyese a Yoko Shindo, como voz de la paz en el planeta Tierra. Y no dejaría que nadie lanzase el arma terrible antes de tiempo. Yo me podía ocupar de eso, pero para ello volvía a estorbarme el cuerpo del infortunado Danton.

Esta vez, pensé que sí era momento ya de dejarle por muerto de verdad. Pasaría a la historia como un gran héroe hasta el fin. Y yo... yo nunca revelaría a nadie la verdad sobre Rocky Danton. Ni sobre muchas otras cosas...

Me alejé, apenas un puntito de luz en el aire. Rodeé la Tierra, proyectando una energía capaz de inmovilizar todas las armas existentes. Luego, proyecté otro chorro de energía hacia las emisoras del Japón, de televisión inter-mundial, y de toda clase de comunicaciones públicas por donde la voz de Yoko Shindo pudiera ser oída poderosamente...

Después, aguardé acontecimientos, para iniciar mi retirada hacia

otros lugares de las Galaxias, cuando todo hubiera terminado en el Planeta Tierra...

Solamente esperaría a que Yoko hablase.

Y Yoko habló.

Cuando su voz sonó en todo Oriente, anunciándoles el caos a que serían sacrificados, hubo un clamor público de extremo a extremo de Asia.

Y ese clamor se hizo resistencia, rebeldía a la guerra masiva y aniquiladora.

Y ese clamor, en suma, significó al fin la paz. La paz para Oriente. Y para Occidente. Paz para blancos. Y para amarillos. Y para todos...

* * *

Ya me voy.

El planeta Tierra queda atrás. Con su Sistema Solar, su Galaxia, todo.

Sigo viaje. Hacia alguna parte. O hacia ningún sitio...

Mi experiencia cósmica ha sido curiosa. Sobre todo, en el Planeta Tierra, donde ocupé el lugar de Rocky Danton, un espía.

Hermosa diversión tuve durante unos días. Fue algo distinto, nuevo para mí.

De todos modos, me marcho. La gente de ese planeta terminaría por aburrirme. Son demasiado extraños, demasiado absurdos en sus reacciones.

Nunca los entenderé lo suficientemente bien... Pero lo cierto es que de mi paso por el Planeta S-3, guardaré un buen recuerdo. De Rocky Danton, de Yoko, de tantas cosas...

Creo que echaré de menos la envoltura física de Danton, mi amigo sin vida de la Tierra. Vuelvo a ser un punto de luz en el firmamento, un poco de energía poderosa, de pura mente, invisible, flotando en el Cosmos a velocidades de vértigo.

Yo, Zen me marcho.

Me voy lejos ya de ustedes, los terrestres. Sinceramente, me sentiré más tranquilo y descansado flotando en el abismo del infinito, que ahí entre ustedes, metido en tan grandes complicaciones.

Adiós a todos.

Zen se despide de ustedes. De su planeta.

Quizás algún día vuelva, no lo sé aún. Me gusta viajar, soy travieso y me divierto haciendo cosas extrañas. Pero ocurre que, a las

velocidades que yo me traslado por el Universo, a lo mejor paso por ahí dentro de mil siglos, que para mí no habrán sido apenas nada...

O vuelvo mañana mismo. O en este momento estoy cerca de usted, mirándole curiosamente...

Sí. Creo que volveré, de todos modos. Palabra que sí...

Ahora, adiós definitivo. A todo. Y a todos. Creo que Rocky Danton lo enterraron con grandes honores militares. Bueno, él se lo mereció. A fin de cuentas, ¿quién puede suponer que tuvo un pequeño huésped ignorado, dentro de su cerebro...? Y ahora, sí.

Ahora, adiós.

Adiós...

Zen se despide de ustedes. Zen se va. Zen se aleja...

Se alejó.

FIN